

Hillary Clinton



© hillaryclinton.com

Actualización: 15 diciembre 2018

Estados Unidos

Secretaria de Estado (2009-2013) y candidata presidencial (2016)

Hillary Diane Rodham Clinton

Mandato: 21 enero 2009 - 1 febrero 2013

Nacimiento: Chicago, Illinois, 26 octubre 1947

Partido político: Demócrata

Profesión: Abogada

Editado por: [Roberto Ortiz de Zárate](#)

Presentación

La mujer más célebre, influyente y poderosa en la historia política de Estados Unidos confía en poder ganar en 2016, frizando su séptima década de vida, el cargo presidencial que ya persiguió sin resultado en 2008 y para el que parece tener madera de sobra. Ahora bien, Hillary Rodham Clinton, pese a su renombre, a su dilatada experiencia y a que goza del respaldo incondicional de **Barack Obama**, el colega del Partido Demócrata que le birló la nominación hace ahora ocho años, brega con unos índices de aplauso popular desmejorados y con el antagonismo visceral de su potente adversario republicano, el magnate **Donald Trump**, que no deja de zaherirla, hurgando demagógicamente en los puntos débiles de su candidatura, a saber: las especulaciones sobre su estado de salud y las dudas sobre su rectitud como servidora pública, aspectos que una serie de episodios personales han convertido en objeto de debate. Gane o pierda las elecciones del 8 de

noviembre, Clinton ya está haciendo historia por tratarse del primer aspirante no varón a la Casa Blanca presentado por cualquiera de los dos partidos hegemónicos.

Su matrimonio con **Bill Clinton** hizo en 1993 de esta abogada con fama de feminista y radical, especializada en la defensa jurídica de niños y mujeres, una primera dama con cometidos cuasi gubernamentales, si bien se la recuerda sobre todo por la crucial defensa de su relación conyugal con un presidente infiel acorralado por el *escándalo Lewinsky*. En 2000 ganó el mandato de senadora por Nueva York y siete años después, escorada al centro moderado, lanzó una briosa precandidatura presidencial que sin embargo no pudo imponerse al fenómeno Obama. En enero de 2009, a modo de epílogo conciliatorio de las reñidas primarias demócratas, Obama la nombró secretaria de Estado previa fusión de sus respectivas visiones, muy similares, de la que debía ser la nueva política exterior de Estados Unidos.

Así, la superpotencia, para manejar con más eficacia los desafíos internacionales y recuperar la credibilidad perdida en el mundo bajo la Administración **Bush**, tenía que practicar una "diplomacia inteligente", lo que significaba regresar al multilateralismo, emplear la fuerza como último recurso, y mimar los vínculos con aliados y socios. La consecución de una paz duradera en Palestina basada en la solución de los dos estados, la retirada ordenada de Irak, la implicación más a fondo en la seguridad antiterrorista de Pakistán y Afganistán, la prevención de la proliferación nuclear en Irán y Corea del Norte, la búsqueda de una mayor cooperación con Rusia, China e India, y la lucha contra el cambio climático aun dejando el Protocolo de Kyoto sin ratificar, componían una lista de objetivos que, empero, iba a arrojar un balance de resultados bastante parco. Al final, la deflagración de nuevas llamaradas en un mundo crónicamente turbulento impidió a Washington concentrar su atención en el área de Asia-Pacífico, considerada de "máxima prioridad".

En su cuatrienio como secretaria de Estado, Clinton intentó infructuosamente que palestinos e israelíes arreglaran sus diferencias y sellaran un acuerdo final de paz, acuerdo que la negativa del primer ministro **Netanyahu** a parar la expansión urbana de Jerusalén oriental a costa de territorio cisjordano ocupado desde 1967 convirtió en imposible. La ministra norteamericana transmitió reiteradamente su disgusto a Netanyahu, pero estas amonestaciones formales no podían desligarse del conocimiento de las estrechas relaciones que como senadora ella venía cultivando con el *lobby* judío proisraelí de su país.

Clinton ayudó a organizar el aislamiento diplomático y las sanciones internacionales contra Irán por su negativa a renunciar a un programa nuclear sospechoso de perseguir la bomba atómica, y procuró adaptar pragmáticamente la geopolítica estadounidense al grito de democracia de la *Primavera Árabe* de 2011, el año también de la caza y muerte de **Osama bin Laden** en su guarida pakistaní y de la compleción de la retirada escalonada de Irak, si bien alentó estrategias contrapuestas frente a las represiones masivas perpetradas por las dictaduras de Libia y Siria: intervención militar del lado de los rebeldes en el primer caso y contención abstinentes en el segundo, aunque tampoco neutral, lo que inauguró una etapa de serios roces con Rusia. Fue justamente el caos instalado en la Libia post-**Gaddafi**, y no el fiasco de Palestina o el escándalo del *Cablegate*, la filtración masiva en 2010 por la organización Wikileaks de documentos confidenciales del Departamento de Estado, el asunto que puso un baldón al ministerio de Clinton en la recta final de su mandato. En septiembre de 2012, el asalto por militantes yihadistas del Consulado de Bengasi y el asesinato del embajador Stevens colocaron en serios apuros a una Clinton acusada de imprevisión y negligencia.

La tropelía de Bengasi y una súbita hospitalización por un problema vascular deslucieron la despedida de Clinton de la Secretaría de Estado en enero de 2013, después de haber superado muchas veces en popularidad al propio Obama. Tras desmentir varias veces de manera categórica este escenario, Clinton empezó a sugerir que podría presentar su precandidatura para las elecciones presidenciales de 2016 y en 2015 hizo oficial su segunda tentativa en estas lides. En la campaña de las primarias demócratas Clinton, vendiendo la carta de la experiencia, y exudando entusiasmo y capacidad oratoria, tuvo la oportunidad de sacudirse de su imagen de mujer fría, calculadora y hasta arrogante que había arrastrado durante años, y no pasó excesivos apuros para doblegar a su rival interno, el izquierdista Bernie Sanders, quien tampoco se lo puso fácil.

En la precampaña, Clinton, necesitada del voto progresista tanto como del de centro, dejó clara su discrepancia de varias de las políticas aplicadas bajo el segundo Gobierno Obama, como la firma del tratado comercial transpacífico, que ve peligroso para la manufactura nacional, la deportación de inmigrantes indocumentados, en cambio esperanzados por ella con la nacionalización, y la luz verde a la prospección petrolera en Alaska. Además, pidió una "nueva fase" de mayor implicación bélica en la campaña militar contra el Estado Islámico en Siria e Irak, así como estrechar la vigilancia sobre Irán, China y Rusia, a cuyo presidente, **Putin**, considera un "dictador". Su plataforma, que puede calificarse de realista dura en política exterior y de social liberal en el ámbito doméstico, detalla medidas para estimular la economía productiva y generadora de "empleos bien pagados", invertir más en las energías limpias partiendo de la certeza del calentamiento global antropogénico, endurecer la regulación y la tributación de Wall Street, acabar con las brechas salariales de género, añadir una opción pública al esquema de seguro médico obligatorio del *Obamacare*, liquidar las deudas de los estudiantes y aumentar las rentas de las familias de las clases medias y trabajadoras, en especial las que tienen hijos pequeños.

La triunfal nominación por la Convención Nacional Demócrata en julio de 2016 dio paso no obstante a unas semanas de incertidumbre alimentada por la ocultación a los medios de una afección neumónica, el lastre del caso del uso de una cuenta privada para el envío de correos electrónicos oficiales -conducta que para sus detractores, o fue ilegal o como mínimo éticamente reprochable-, los posibles conflictos de intereses de sus actividades proselitistas y, por si fuera poco, la cruzada de criminalización y virtual demonización desatada contra ella por Trump y sus exaltados seguidores, los cuales caldean sus mítines al grito de "¡que la encierren!", demanda de encarcelamiento que el dueño de hoteles-casino, en el colmo de los excesos verbales, convirtió en una amenaza explícita en el segundo debate librado por ambos el 9 de octubre.

En la campaña presidencial más virulenta que se recuerda, concebida por Trump como una especie del todo vale para desacreditar y hundir a su adversaria, tachada sistemáticamente por él de deshonesto ("*crooked*"), Clinton, la denostada representante del *establishment*, ha contraatacado, presentando al polémico empresario como una persona "temperamentalmente no apta" para el Despacho Oval a la luz de su "retórica racista y fanática", en tanto que ella garantiza un "liderazgo fuerte", entendiendo por fuerza el recurso a "la inteligencia, el buen juicio, la fría resolución, y la aplicación precisa y estratégica del poder". Su valoración sobre la no cualificación de Trump para el puesto de presidente la comparten, hecho insólito, varios veteranos de la vieja guardia republicana, los cuales han dicho que, en estas circunstancias, prefieren votar a Clinton.

(Texto actualizado hasta octubre 2016)

1. Una dinámica abogada de causas sociales casada con el gobernador Clinton

2. Los años como primera dama de Estados Unidos: entre el activismo político y el *escándalo Lewinsky*

3. La política profesional: senadora por Nueva York y tentaciones presidenciales

4. El factor Obama: de rival en las primarias demócratas de 2008 a secretaria de Estado en 2009

4.1. La pugna con Obama por la nominación de la candidatura presidencial demócrata

4.2. Hillary, ministra de Exteriores de Estados Unidos

5. El cuatrienio como jefa de la diplomacia estadounidense: protagonismo, respeto internacional y pocos resultados

5.1. Fracaso en Palestina

5.2. La guerra contra el terror en *Af-Pak* y el frustrante expediente de Irán

5.3. La diplomacia con rusos, europeos y latinoamericanos

5.4. El escándalo *Cablegate*

5.5. El reto de la *Primavera Árabe*; el ataque de Bengasi y sus repercusiones

6. *Trump vs Clinton 2016*: duelo por la Casa Blanca de una crudeza sin precedentes

6.1. Dos años de preparativos sin cometidos oficiales

6.2. Anuncio de la segunda tentativa presidencial, el embrollo de los *e-mails* y competición interna con Bernie Sanders

6.3. Tras la nominación en Filadelfia: rémoras personales y una némesis llamada Donald Trump

7. Obra escrita y reconocimientos

1. Una dinámica abogada de causas sociales casada con el gobernador Clinton

Nativa de Chicago, desde los tres años vivió en Park Ridge, un suburbio de la principal urbe de Illinois, junto con sus dos hermanos menores y sus padres, Hugh Ellsworth Rodham (1911-1993), antiguo instructor de la Armada durante la Segunda Guerra Mundial y ahora propietario de una pequeña pero boyante empresa de estampados textiles, y Dorothy Emma Howell (1919-2011), ama de casa, miembros ambos de la Iglesia Metodista Unida. La muchacha estudió en escuelas públicas de Park Ridge, la Maine East High School y la Maine South High School, donde destacó en las actividades extraescolares antes de obtener la graduación con altas calificaciones. Bajo los influjos de su padre, un conservador autoritario impregnado del anticomunismo de la época, y de su ministro metodista, que le dio a conocer el Movimiento de los Derechos Civiles de Martin Luther King, la joven tuvo una temprana aproximación a la política como activista de base en las campañas presidenciales de los candidatos republicanos Richard Nixon en 1960 y Barry Goldwater en 1964.

En 1965, una vez completado el *high school*, Hillary Rodham se matriculó en el Wellesley College de Massachusetts, selectivo centro privado de estudios liberales orientado a la formación universitaria de mujeres. Comenzó a tomar clases de Ciencia Política y al principio estuvo afiliada al colectivo estudiantil de Jóvenes Republicanos, que llegó a presidir. Sin embargo, su paulatina identificación con las luchas por derechos civiles de la minoría negra y el movimiento contra la guerra de Vietnam la llevó a plantearse sus vínculos con el Partido Republicano, en cuyas filas era seguidora del gobernador de Nueva York, Nelson

Rockefeller, y a fijar su atención en el Partido Demócrata, concretamente en el ala antibelicista que encarnaba el profesor y antiguo congresista Eugene McCarthy, muy crítico con la postura de la Administración que presidía su colega de partido Lyndon Johnson.

Fue en 1968, coincidiendo con su elevación a la presidencia del Consejo de Estudiantes del colegio, cuando la veinteañera hizo el viraje ideológico: ese año, Hillary respaldó la fallida precandidatura presidencial de McCarthy, organizó en Wellesley con compañeros de aula negros una huelga estudiantil para protestar por el asesinato de Luther King y por último, tras la decepcionante experiencia que le supuso presenciar en Miami la proclamación por la Convención Nacional Republicana de la candidatura presidencial de Nixon –luego de derrotar en las primarias a Rockefeller- con un coro de mensajes derechistas, decidió poner fin a su militancia en el *Grand Old Party*.

En 1969 Hillary culminó su formación en el Wellesley College con un trabajo donde analizaba el modelo sociopolítico del organizador comunitario radical Saul Alinsky, al que siguió la obtención del título de *Bachelor of Arts* con distinción departamental en Ciencias Políticas. Partía del colegio universitario próximo a Boston como uno de los más destacados miembros de su promoción, convertida en personaje popular entre estudiantes y profesores por su elocuencia en los actos públicos, y con alguna proyección en medios periodísticos y televisivos de Illinois y Massachusetts. Con tan buenas credenciales, Hillary no tuvo problemas para ingresar en la Escuela de Derecho de la Universidad de Yale, en New Haven, Connecticut, con el propósito de formarse como abogada.

Un año más tarde, en 1970, en paralelo a las clases, Hillary participó en la puesta en marcha de la publicación estudiantil trimestral *Yale Review of Law and Social Action*. Las obligaciones lectivas y editoriales requerían que pasase mucho tiempo en la biblioteca, y fue allí donde conoció a un avispado compañero de la facultad un año mayor y oriundo de Arkansas, el cual iba a marcar terminantemente sus trayectorias personal y profesional. El joven se llamaba **William Jefferson Clinton**, Bill para los amigos, y era un militante del Partido Demócrata que había trabajado para el eminente senador William Fulbright durante su paso por la Universidad Georgetown, por la que era licenciado en Relaciones Internacionales, y que venía librándose del reclutamiento militar para servir en Vietnam con sucesivas prórrogas académicas. En 1971 Rodham y Clinton empezaron a salir, formando una pareja sentimental inseparable.

Hasta que obtuvo el título de *Juris Doctor* en 1973 –en realidad terminó la carrera en 1972, pero demoró la titulación un año para hacerla coincidir con la de su novio-, Hillary adquirió una importante experiencia en distintos ámbitos del servicio social, como auxiliar de investigación pedagógica en el Child Study Center de la Escuela de Medicina de Yale, observadora de casos de maltrato infantil en el Hospital de Yale-New Haven y prestadora de servicios legales gratuitos a ciudadanos de New Haven sin recursos. En 1971 realizó en Oakland, California, una breve pasantía en un bufete de abogados izquierdistas que defendían causas relacionadas con los derechos constitucionales y las libertades civiles.

A caballo entre el voluntariado social y la práctica profesional legal se enmarcó su colaboración con el Washington Research Project (WRP), una organización jurídica de interés público montada por la abogada de color Marian Wright Edelman para monitorizar la solvencia de los programas federales de ayuda a las familias con bajos ingresos, en cuyo seno estudió los problemas que el colectivo de trabajadores inmigrantes hallaba para acceder a los servicios de salud, educación y vivienda. Cuando en 1973 Edelman transformó el WRP en una verdadera ONG, el Children's Defense Fund, la universitaria siguió arrimando el hombro como miembro del gabinete jurídico.

Tras su licenciatura en Yale, Rodham y Clinton fueron contratados para los servicios jurídicos del Comité de Justicia de la Cámara de Representantes del Congreso en Washington, donde a mediados de 1974 estuvieron involucrados en la maquinaria burocrática del proceso de destitución iniciado contra Nixon a raíz del escándalo *Watergate*, al tiempo que él libraba su primera contienda electoral, para hacerse con un

escaño de congresista por Arkansas. Hillary ayudó a su pareja a lo largo de una campaña que terminó en noviembre con la derrota frente al adversario republicano. Para entonces, ella ya había tomado una crucial decisión: despedirse de Washington, donde muchos le auguraban un brillante porvenir como abogada especializada en litigios familiares con implicación de niños y madres, y marchar con su pareja a la sureña y agrícola Arkansas, donde él había conseguido una plaza de profesor de Derecho en la Universidad y, más importante, donde se le brindaba la posibilidad de resituar sus apetencias políticas. La mudanza geográfica resultó incuestionable después de que ella suspendiera el examen para colegiarse en el Distrito de Columbia y en cambio aprobara el del ingreso en el colegio de abogados de Arkansas.

Hillary obtuvo una plaza de profesora de Derecho Penal en la Escuela de Derecho de la Universidad de Arkansas, en Fayetteville, y pasó a compartir claustro docente con su novio, que pronto dejaría de serlo: a principios de 1975, venciendo sus dudas sobre la oportunidad de dar un paso que podría frustrar su meta de labrarse una carrera profesional como mujer liberal e independiente, accedió a las reiteradas propuestas de boda de Clinton, aunque no sin dejar claro que, contraviniendo la costumbre legal, conservaría su apellido de soltera haciéndolo preceder al de casada, con el fin de evitar posibles conflictos de intereses y garantizar la autonomía de su vida profesional. El 11 de octubre de 1975 la pareja contrajo matrimonio por el rito metodista –Clinton era baptista- en el mismo salón de la vivienda que acababan de adquirir en Fayetteville.

El flamante matrimonio Rodham-Clinton cultivó la amistad de personalidades de la vida pública de Arkansas y buscó con ahínco la notoriedad social para facilitar la consecución de la gran ambición política de él, pese a que todavía no había cumplido los 30, que era alcanzar el puesto de gobernador del estado, tradicionalmente en manos demócratas. Hillary, mientras daba clases en la Universidad y dirigía la nueva clínica de asistencia forense de la Escuela de Derecho, no dejó en ningún momento de apoyar la carrera política de su marido, cuyo primer hito fue la elección en noviembre de 1976 como fiscal general del estado, tras lo cual el matrimonio se mudó a la capital, Little Rock.

En febrero de 1977, días después de estrenar su esposo el despacho de fiscal, Hillary fue reclutada por la Rose Law Firm, prestigiosa compañía de abogados de Little Rock fundada en 1820 –era, y sigue siendo, la tercera más antigua de Estados Unidos-, donde se especializó en casos de infracción de patentes y propiedad intelectual. Fuera del bufete, continuó desarrollando actividades relacionadas con su área favorita, el derecho infantil y familiar; así, figuró entre los promotores de la asociación Arkansas Advocates for Children and Families, que estableció relaciones de cooperación con el Children's Defense Fund de Marian Wright Edelman, y escribió artículos académicos sobre aspectos tales como el maltrato y el abandono infantiles, la custodia de menores y la patria potestad.

En diciembre de 1977 el presidente **Jimmy Carter**, que la conocía desde sus servicios el año anterior como responsable de su campaña proselitista en Indiana, nombró a la abogada miembro del consejo directivo de la Corporación de Servicios Legales, órgano privado bipartidista instituido por el Congreso y cuya misión, apoyada en una dotación presupuestaria, consistía en vigilar el cumplimiento del derecho de todos los ciudadanos a tener un acceso equitativo a la justicia y a recibir asistencia legal. Transcurrido un semestre, Carter la nombró, con 30 años, presidenta de la corporación, posición que ocupó durante un bienio, hasta mediados de 1980. El 27 de febrero de ese año Hillary dio a luz al único retoño de la pareja, una niña, Chelsea. La victoria de Clinton, con una abultada diferencia de votos, en las elecciones de noviembre de 1978 a gobernador del estado convirtió a su mujer, el 19 de enero de 1979, en la primera dama de Arkansas. Los jóvenes treintañeros habían formado hasta la fecha una pareja sentimental y profesional muy bien conjuntada, y el tándem conyugal iba a seguir funcionando ahora que él emprendía su exitosa marcha hasta la cúspide política de Estados Unidos, de la que Hillary estaba llamada a ser un verdadero pilar.

Sin descargo de sus cometidos privados y semiprivados en la Rose Law Firm y la Corporación de Servicios Legales, Rodham fue integrada por su marido en la función pública de Arkansas al situarla al frente del Comité Asesor de Sanidad Rural, oficina desde la que la gestionó la concesión por del Departamento de

Salud de fondos federales con que financiar servicios médicos en áreas deprimidas del estado sureño, situado tradicionalmente en los últimos puestos nacionales de renta por habitante. Asimismo, se implicó con habilidades dirigentes en la reforma del sistema educativo de Arkansas, que era la principal bandera electoral de Clinton.

Aparte, la abogada incrementó notablemente su patrimonio económico gracias a una lucrativa inversión en contratos de futuros en el negocio de la carne de vacuno. La pareja quería aumentar sus ingresos, así que en 1978 aceptó la propuesta de un conocido hombre de negocios local, James McDougal, convertido luego en el asesor económico del gobernador, y su esposa, Susan McDougal, de invertir en un proyecto inmobiliario; como resultado, nació la promotora Whitewater Development Corporation. Sin embargo, el supuesto negocio resultó ser un completo fracaso, que no generó ningún beneficio y encima cubrió de deudas a los socios.

Años después, con el matrimonio Clinton instalado en la Casa Blanca de Washington, iban a proliferar las imputaciones de sobornos, tráfico de influencias y otras presuntas ilegalidades cometidas tras estos negocios privados de Hillary, Pero en 1980 lo que ella proyectaba era una imagen de mujer independiente y altiva, incluso arrogante, defensora de causas feministas radicales e ideológicamente ubicada en el ala izquierda del Partido Demócrata. Un perfil antipático para el electorado tradicionalista y que, según se dijo entonces, pudo influir en la derrota de Clinton en su apuesta de ser reelegido gobernador en noviembre de 1980.

El malogro electoral en Arkansas no desmotivó a la pareja: él se puso manos a la obra para recuperar la gobernación en la siguiente oportunidad y, buscando zafarse de la fama de demócrata manirroto y subidor de impuestos, situó su discurso más en el centro, mientras que ella empezó a hacerse llamar solo por el apellido de casada, gesto de supeditación al marido destinado a mitigar las aprensiones de los votantes menos liberales. Dicho y hecho: en noviembre de 1982 Bill derrotó al republicano que le había arrebatado el puesto dos años atrás, Frank White, tal que el 11 de enero de 1983 estuvo de vuelta en el Capitolio Estatal de Little Rock; esta vez fue para quedarse, ya que iba a ser reelegido consecutivamente en 1984, 1986 y – luego de extenderse el período de mandato de los dos a los cuatro años- 1990.

En todo este tiempo, la primera dama estatal se desempeñó como la más enérgica y eficaz lugarteniente del gobernador a la hora de impulsar la ambiciosa reforma educativa, que incidía en la elevación de la calidad de la enseñanza pública impartida en el estado, desde el nivel de preescolar hasta el de secundaria. Como presidenta del Comité de Estándares Educativos de Arkansas, Hillary entabló sonados forcejeos con colectivos de educadores y juntas escolares que se resistían a aceptar las nuevas exigencias sobre la cualificación del profesorado y el tamaño de las aulas.

Hiperactiva, en diversos períodos presidió el Children's Defense Fund, encabezó también la Commission on Women in the Profession de la American Bar Association (ABA), *lobby* jurídico dedicado a combatir los desequilibrios sexistas en el mundo de la abogacía, y tomó asiento en las juntas directivas de varias compañías empresariales, como la cadena de supermercados Wal-Mart y la franquicia de heladerías TCBY, entre otras actividades no lucrativas y corporativas. Todo ello, sin dejar de trabajar en la Rose Law Firm, aunque con horario reducido, nexo profesional que no dejó de aventar sugerencias de un posible conflicto de intereses, desde el momento en que Wal-Mart y TCBY figuraban entre la clientela del bufete.

2. Los años como primera dama de Estados Unidos: entre el activismo político y el escándalo Lewinsky

En octubre de 1991 Clinton, después de haberse descartado para la empresa en 1988, anunció su precandidatura a presidente de Estados Unidos. En las primarias demócratas y en la campaña electoral contra el titular aspirante a la reelección, el republicano George Bush, a lo largo de 1992, el gobernador de Arkansas contó con la inestimable asistencia de su mujer. Trascendiendo su renombre en el estado y su

excelente reputación profesional en el mundillo de la abogacía, Hillary se convirtió en una celebridad nacional con su estilo dinámico, entusiasta y telegénico, que incluso podía superar al que caracterizaba al esposo, no exento de un orgullo autoafirmativo y cortante, como cuando declaró: "Supongo que pude haberme quedado en casa horneando galletitas y tomando té, pero lo que decidí hacer fue cumplir con mi profesión, en la que entré antes de que mi marido apareciera en la vida pública". La aureola feminista y las posturas reivindicativas de Rodham en temas sociales como el aborto, que defendía abiertamente como un derecho protegido por ley, movilizaron sin duda a muchas mujeres para votar por Clinton.

La glamurosa "pareja electoral" superó el desagradable escándalo levantado por Gennifer Flowers, una actriz ocasional de cine y televisión, antigua modelo de la revista para adultos *Penthouse* y empleada de la administración pública de Arkansas, que "confesó" a los medios haber sido la amante de Clinton durante doce años. En enero de 1992 Hillary compareció junto con su marido en el programa televisivo de la CBS *60 Minutes* para desmentir al alimón las alegaciones de Flowers, ejercicio de unidad conyugal que, para su mortificación, iba a tener que repetir en el futuro, cuando los devaneos extramaritales del político dejarían de ser simples rumores o denuncias para convertirse en una reconocida certeza. Entonces, los comentaristas destacaron que solo la cerrada defensa de su matrimonio escenificada por Hillary salvó la precampaña del marido, quien pudo haber corrido la suerte de Gary Hart, el precandidato demócrata que vio arruinada su carrera electoral en 1987 tras aflorar su infidelidad con la modelo Donna Rice.

La plataforma de centro reformista del "nuevo demócrata" Clinton, que prometía acometer varias "revoluciones" y "cambios dramáticos" en los terrenos social y económico, se impuso en las primarias demócratas y luego, en noviembre, en las urnas nacionales, devolviendo la Casa Blanca a los demócratas que tras los 12 años de las administraciones republicanas de Reagan y Bush. Luego de tomar posesión del cargo el 20 de enero de 1993, el presidente, haciendo realidad los avisos de que la primera dama iba a desempeñar un papel muy activo en las políticas del Ejecutivo –de hecho, Clinton había animado a los votantes a "llevarse dos por el precio de uno", en tanto que ella había advertido implícitamente que no se conformaría con hacer de figura decorativa-, nombró a Hillary Rodham Clinton, que así debía ser llamada, presidenta de la *task force* para la Reforma del Sistema Nacional de Salud. El nombramiento levantó controversia por su gran dimensión política y fue impugnado por la Corte de Apelaciones del Distrito de Columbia, pero la Casa Blanca replicó que no había nada irregular en ello y ganó el litigio.

La misión de Hillary, identificada desde ya mismo como la principal consejera extraoficial del presidente, hasta el punto de atribuírsele a su criterio la decisión de numerosos nombramientos en los altos escalafones de la nueva Administración, era de envergadura: formular las líneas maestras del plan de reforma sanitaria, piedra angular del programa electoral, que debía establecer en Estados Unidos un sistema universal de salud con la extensión de la cobertura médica mínima a todos los ciudadanos del país, más allá del seguro público que brindaban a colectivos específicos los dos programas federales instituidos en la década de los sesenta por Johnson y que eran parte de la Seguridad Social, Medicare (para jubilados y discapacitados) y Medicaid (para familias con bajos ingresos), y de los seguros privados proporcionados por las empresas a sus trabajadores en nómina.

La primera dama acometió la labor con su energía habitual y el resultado fue un ambicioso proyecto de ley cuyo punto fuerte era la obligatoriedad para todo empleador de cubrir con un seguro médico integral, no limitado a los accidentes laborales, a sus asalariados. Las instituciones estatales intervendrían en la prestación de las coberturas a costa de las aseguradoras privadas a través de unas corporaciones denominadas "alianzas regionales", y la autoridad federal crearía mecanismos de regulación y estandarización. Los belicosos sectores derechistas del Partido Republicano, resueltos a torpedear la presidencia de un político que les concitaba viva animadversión por sus planteamientos y estilo, opusieron al punto un furibundo rechazo al llamado con tono peyorativo "*Hillarycare*", que presentaron como un mamotreto del democratismo liberal e intervencionista destinado a devorar dinero público sacado de los impuestos. Los más radicales hablaron directamente de "socialismo". Más grave aún, la reforma fue mal

recibida por no pocos congresistas demócratas, haciendo insegura su aprobación por las cámaras pese a disfrutar el color azul de mayoría en ambos hemisferios.

Ni la apasionada defensa del plan por Hillary ante los congresistas, ni la oferta de una versión enmendada a la baja –retraso hasta 2002 de la aplicación de las medidas obligatorias para los empresarios y exoneración de las mismas a las pequeñas empresas- sirvieron para consensuar un texto satisfactorio antes de las elecciones legislativas de mitad de mandato en noviembre de 1994. El proyecto de ley no llegó a votarse y en septiembre de aquel año fue dado por muerto. El estrepitoso fiasco de la Health Security Act coronó el reguero de pasos en falso, torpezas mediáticas y actuaciones contradictorias que habían deslucido la presidencia de Clinton desde el primer día, y además trompeteó el rodillo electoral de la nueva "revolución conservadora" capitaneada por el republicano Newt Gingrich, cuyo partido conquistó la mayoría en las dos cámaras, tras lo cual las reformas clintonianas de corte progresista quedaron definitivamente sepultadas.

Mientras batallaban para sacar adelante la reforma sanitaria, los Clinton tuvieron que lidiar también con las repercusiones negativas del afloramiento de ciertos aspectos turbios de sus actividades privadas en Arkansas, que les hicieron pasar verdaderos apuros. El suicidio en julio de 1993 del asesor presidencial Vincent Foster, amigo de Clinton desde la infancia y compañero de trabajo de Hillary en la Rose Law Firm – de hecho, fue el abogado de la firma que había propuesto su fichaje en 1977-, dio pie a pesquisas judiciales de los vínculos de oficiales de la Casa Blanca con la sociedad Whitewater y con la caja de ahorros Madison Guaranty Savings and Loan, otra aventura corporativa del matrimonio McDougal y que, como la inmobiliaria, terminó quebrando.

El llamado *escándalo Whitewater* empezó a tomar forma en enero de 1994 con el nombramiento por la fiscal general Janet Reno, a instancias de un Clinton presionado por la oposición republicana y la opinión pública, de un fiscal independiente, el en realidad republicano Robert Fiske, para esclarecer si la Madison Guaranty había transferido ilegalmente fondos a la Whitewater para cubrir sus pérdidas y a Clinton para financiar sus campañas electorales en Arkansas, y para poner en claro las relaciones entre la caja de ahorros y la Rose Law Firm, ya que Hillary había recibido de McDougal un crédito antes de convertirse, cuando la Madison entró en problemas de liquidez, en su representante legal. Ella, blanco particular de las críticas, tuvo que salir a defender su honorabilidad, en entrevistas y en una rueda de prensa televisada, en las que solo reconoció una cierta negligencia por no haber facilitado a los medios de comunicación la información que le pedían sobre sus pasados negocios privados y por "no haberse acordado" de pagar al fisco algunos impuestos generados por aquellos. Las sospechas de que funcionarios de la Casa Blanca estaban ocultando documentos quizá comprometedores para los Clinton ensombrecieron aún más el panorama.

En junio de 1994 Fiske no halló indicios de conducta criminal en el personal de la Administración demócrata y estableció que la Casa Blanca no habían interferido en las investigaciones de las actuaciones fraudulentas de la Madison Guaranty. Sin embargo, esto no fue, ni mucho menos, el final de la enrevesada historia, ya que el Congreso y el Senado emprendieron su propio escrutinio y el nuevo fiscal especial del caso, Kenneth Starr, jurista de reconocida filiación republicana, dio un nuevo ímpetu al rastreo de posibles ilegalidades. En particular, Starr reclamó a Hillary la entrega de unas facturas cobradas a la caja de ahorros en concepto de sus servicios jurídicos como abogada de la Rose Law Firm y que ella decía haber perdido.

Los documentos aparecieron, con una sospechosa demora de dos años, a principios de enero de 1996: los encontró una funcionaria de la Casa Blanca sobre una mesa de la biblioteca particular de la primera dama. En una de las más duras recriminaciones recibidas hasta la fecha, Hillary fue tachada desde *The New York Times* de "mentirosa congénita". El test más difícil lo vivió la esposa del presidente el 26 de enero del mismo 1996, cuando, a requerimiento de Starr, quien ya la había sometido a cuestionario en tres ocasiones, hubo de testificar bajo juramento ante el gran jurado federal asignado al caso, al que volvió a negar cualquier actuación ilícita en sus tratos con la Madison Guaranty y cualquier conducta obstruccionista de la investigación en curso. Se trató de la primera vez que una primera dama de Estados Unidos comparecía ante

un jurado.

Con todo, los riesgos para la pareja presidencial de una formulación en su contra de cargos criminales seguida de un procesamiento, tal como les había sucedido a sus antiguos socios, los McDougal -juzgados y condenados a penas de prisión por fraude y evasión fiscal-, fueron disipándose al hilo del paulatino desinterés en la saga por parte de un electorado que en noviembre de 1996 otorgó a Clinton un segundo mandato de cuatro años. Hillary, como su marido, seguía aprobando, y holgadamente, en las encuestas de opinión. El nuevo interrogatorio a que Starr y sus colaboradores la sometieron en abril de 1998, esta vez en la Casa Blanca y grabado en video, no consiguió arrancar contradicciones interpretables como indicio de delito entre lo testificado y lo encontrado en la documentación comercial. Más de dos años después, en septiembre de 2000, el sucesor de Starr en la fiscalía, Robert Ray, determinó en su informe final que "la evidencia es insuficiente para probar ante un jurado más allá de una duda razonable que el presidente o la señora Clinton participaron con conocimiento en una conducta criminal".

Rodham Clinton salió airoso del escándalo Whitewater y de otra controversia paralela y en parte conectada, el llamado *Travelgate*, los despidos sin justificar de unos funcionarios de la oficina de viajes de la Casa Blanca para colocar en su lugar a personas allegadas a la pareja. Al mismo tiempo, encajó la denuncia por acoso sexual presentada contra su marido en mayo de 1994 por Paula Jones, una antigua funcionaria de Arkansas que demandó a Clinton por daños y perjuicios infligidos según ella en 1991 al supuestamente proponerle, entre tocamientos obscenos, practicar sexo oral en la habitación de un hotel. En abril de 1998 la juez instructora del pleito falló que no había lugar para un juicio con reclamación de compensación económica por la inconsistencia de la denuncia, pero después, en noviembre, Clinton accedió a pagar 850.000 dólares a Jones a cambio de la retirada de su apelación; parte de este dinero fue sufragado con sumas aportadas por Hillary a los ahorros de la pareja.

Hillary esquivó pronunciarse sobre la segunda polémica a costa de las supuestas infidelidades de su esposo. Pero ese distanciamiento se tornó imposible cuando en 1998 irrumpió, mientras todavía seguían activos los rescoldos del caso Whitewater-Madison, y precisamente como una derivación inesperada del caso Jones, el asunto de la becaria Monica Lewinsky y sus pasiones eróticas clandestinas con el inquilino de la Casa Blanca. Durante meses, Estados Unidos y el resto del mundo presenciaron con creciente estupefacción la tormentosa singladura del mayor escándalo de la presidencia de Clinton, quien a punto estuvo de sufrir una ignominiosa destitución por el Congreso y, fue la impresión general, el naufragio de su matrimonio.

El descomunal alboroto comenzó en enero de 1998 cuando Clinton, en su declaración como imputado en el litigio con Paula Jones, desmintió la información facilitada por su ex becaria al FBI por mediación de una amiga de ella sobre que habían tenido nueve encuentros sexuales en distintas dependencias de la Casa Blanca entre 1995 y 1997, y que se habían puesto de acuerdo para ocultar estos tratos íntimos en las declaraciones juradas del caso Jones. Antes de terminar el mes, el presidente volvió a negar desde la Casa Blanca y con gran énfasis haber tenido relaciones sexuales con Lewinsky y haber inducido al perjurio. A su lado estaba Hillary, que horas después arremetió en la cadena NBC contra la "vasta conspiración de derechas que ha estado confabulando contra mi marido desde el día en que se postuló como presidente".

La rocosa defensa de Hillary fue puesta a muy dura prueba a partir de agosto. El 17 de ese mes, el mandatario, en su declaración por circuito cerrado de televisión ante el gran jurado convocado a petición de Starr tras hallar el fiscal especial indicios de perjurio y obstrucción a la justicia en el proceder presidencial, reconoció que, en efecto, había mantenido una "relación no apropiada" con Lewinsky, y a continuación, esta vez en un mensaje dirigido a todo el país, justificó el escamoteo informativo en su declaración jurada de enero por el deseo que tenía de proteger a su familia y a sí mismo "de la vergüenza de mi propia conducta", añadiendo que el asunto solo les concernía "a mí, a las dos personas que más amo, mi esposa y nuestra hija, y a nuestro Dios". La "equivocada" relación con Lewinsky había sido por su parte una "grave falta de criterio" y un "fallo personal" del que era el "único y completo responsable".

La "engañada" primera dama, que eso era lo que Clinton, como dijo textualmente a sus conciudadanos, le había hecho a su mujer, sintió la humillante confesión de su esposo como un tremendo ultraje personal. Pero, al margen de lo que sucediera entre los cónyuges en la privacidad de su hogar, ella se mantuvo impertérrita de cara al público, al cual, a través de su secretaria de prensa, hizo saber que seguía "comprometida con su matrimonio", que "creía en el presidente" y que "su amor por él era compasivo e inmovible", si bien hallaba "muy incómodo" que la vida privada de la pareja se airease de tal manera. Extraoficialmente, circularon especies sobre que la primera dama, en realidad, se debatía entre la cólera y la desesperación, y que sopesaba divorciarse. Posteriormente, cuando todo hubo terminado, Hillary, en confidencias a la prensa, achacaría los "pecados de debilidad, que no de malicia" de su esposo a ciertos traumas de la niñez provocados por un conflicto entre su madre y su abuela.

La imagen estoica de Hillary se enfatizó a lo largo de la agónica segunda parte del escándalo, explotado con avidez sensacionalista por los medios de comunicación, con su goteo de revelaciones morbosas sobre las citas entre el adúltero y la becaria en el Despacho Oval o en el estudio privado anexo, el demoledor informe acusatorio del fiscal Starr, que se regodeaba en la descripción de los juegos eróticos y la práctica reiterada de sexo oral con lenguaje explícito, la luz verde de la Cámara de Representantes al proceso de *impeachment* o destitución por unos supuestos de perjurio y obstrucción a la labor de la justicia, y, por último, en febrero de 1999, la salvación final del presidente al declararle el Senado no culpable de ambos delitos.

Según los observadores, la gélida defensa del núcleo familiar hecha por Hillary, muy metida en su papel de esposa humillada pero abnegada y digna, resultó fundamental para el desenlace del culebrón presidencial, además de suscitar reacciones de adhesión en una parte importante de la opinión pública, muy en particular de mujeres maduras que la veían como mártir del comportamiento disoluto y mendaz de su marido, y con la que podían identificarse. Sin embargo, algunos opinaron que si no había roto con Clinton había sido por oportunismo, para no estropear el futuro escenario de su salto a la política profesional por méritos propios.

No en vano, Hillary, con su ascendiente inicial en la política de nombramientos de la Casa Blanca, su labor como portaestandarte de la fallida reforma sanitaria, su promoción de numerosos programas federales y proyectos de ley de contenido social, su faceta de conferenciante y oradora, especialmente brillante en la defensa de causas de mujeres y niños, y su trajín viajero internacional, acompañando al marido o sin él, con un estatus cuasi diplomático, se ganó la consideración de la primera dama más influyente de Estados Unidos desde Eleanor Roosevelt, no teniendo algunos comentaristas ambages en referirse a los Clinton, aunque con tono mordaz, como los "copresidentes".

3. La política profesional: senadora por Nueva York y tentaciones presidenciales

Rodham Clinton había convencido a muchos de que tenía madera de gobernante y casi nadie dudaba de que albergaba fuertes ambiciones políticas, tanto si ello se contemplaba con simpatía o con rechazo. Tras la exoneración de Clinton por el Congreso en el caso Lewinsky, los rumores de que la primera dama podía, haciendo historia, postularse a un cargo electivo incluso antes de expirar el mandato presidencial de su esposo, en las votaciones de noviembre 2000, encontraron asidero en la irrupción de varias figuras del Partido Demócrata que instaron a Hillary a que se presentara al escaño senatorial por Nueva York del que se jubilaba el veterano Pat Moynihan, el cual se mostró muy contento con la idea.

En efecto, en julio de 1999 Hillary creó un comité de exploración de sus posibilidades proselitistas y de recaudación de fondos en el estado atlántico, con el que no tenía ninguna relación profesional, ni personal ni casi viajera siquiera. La extrañeza geográfica de Nueva York era un reto de envergadura que suscitaba serias dudas en algunos responsables demócratas y que fue esgrimido por sectores republicanos movilizados contra quien detestaban visceralmente para retratarla como una advenediza y una frívola que ponía sus apetitos de poder por delante de sus obligaciones, en teoría solo protocolarias, humanitarias y caritativas,

como primera dama. Se generó un debate, con posturas polarizadas, sobre los aspectos éticos del paso que Hillary se disponía a dar, sobre si tenía un proyecto político distinto del de su marido y sobre si su rol como primera dama le brindaba una considerable ventaja de partida, ya que con seguridad sacaría partido de determinados medios y palancas institucionales, o si, al contrario, no sería más que un lastre.

El 23 de noviembre de 1999, tras adquirir una vivienda en Chappaqua, al norte de la ciudad de Nueva York, y prometer ser "una enérgica y eficaz defensora" de los habitantes del estado, Hillary oficializó su aspiración a uno de los dos puestos de senador por Nueva York cuando faltaba casi exactamente un año para las elecciones. En los meses siguientes, la primera dama vio cómo su envite adquiría unas excelentes perspectivas gracias a dos factores, fundamentalmente: la retirada de su previsto oponente republicano, Rudolf Giuliani, el carismático alcalde de Nueva York, por problemas de salud, y la colaboración de su marido, que se despedía de la Presidencia con excelentes calificaciones para el balance económico de su mandato y que con su sola presencia confirió un gran relieve a los actos de campaña, donde incluso tocó el saxofón. Clinton, que se confesó "profundamente conmovido por la capacidad de perdonar" de Hillary, ya no dejaría de volcarse en la carrera política de ella, compensándola por todo lo que había hecho por él, mucho y decisivo, durante sus trances más apurados.

Así las cosas, el 12 de septiembre de 2000 Hillary se deshizo de su contrincante en las primarias demócratas, Mark McMahon, con el 82% de los sufragios y el 7 de noviembre, mientras el demócrata Al Gore, vicepresidente saliente, se batía con el republicano **George W. Bush**, a la postre ganador, por la jefatura de la Casa Blanca, se llevó el escaño senatorial con el 55,3% de los votos, 12 puntos más que los sacados por el republicano Rick Lazio. El 3 de enero de 2001 prestó juramento como legisladora federal con un mandato de seis años y el 20 de ese mes dejó de ser la primera dama con el cese presidencial de Bill, quien, necesitado de ingresos para sufragar las facturas de sus abogados y las hipotecas de los inmuebles que había adquirido en Washington y Nueva York, se embarcó en una extraordinariamente lucrativa actividad como conferenciante de lujo y escritor de sus memorias. 13 años después, en 2014, ella iba a reconocer que la pareja se había marchado de la Casa Blanca "no solo en bancarrota, sino con muchas deudas".

La flamante senadora Clinton destinó el arranque de la legislatura a construir una red de relaciones con colegas del hemisiclo de los dos partidos y con grupos de influencia y presión de orientaciones más bien conservadoras, como los religiosos protestantes y el *lobby* judío proisraelí, de cuya principal organización, el AIPAC, llegó a ser oradora habitual. Estos vínculos, unidos a un verdadero deslizamiento de sus convicciones internas hacia esa dirección, proyectaron a Hillary como una política madura y aplomada que, sutil pero perceptiblemente, había dado la espalda a cualquier asomo de izquierdismo o radicalismo para situarse en el centro del Partido Demócrata.

La *moderación* ideológica de Clinton a lo largo de 2001 y 2002 fue puesta de manifiesto por sus votos favorables a la Patriot Act, el instrumento legal reclamado por la Administración Bush para combatir la amenaza terrorista con medidas como la vigilancia e interceptación de las comunicaciones internas, y que organizaciones progresistas denunciaron por lo que entrañaba de menoscabo de las libertades civiles, así como a la autorización al Gobierno para el empleo de la fuerza militar contra Irak, si bien tales posicionamientos, al igual que el incondicional respaldo a la invasión antitalibán de Afganistán, se enmarcaron en el tenso escenario abierto por los atentados del 11-S y remaron a corriente del sentir mayoritario de la atribulada opinión pública, aunque en menor medida en la cuestión de Irak; a fin de cuentas, ella representaba en el Senado a un estado enlutado por el catastrófico ataque terrorista de Al Qaeda.

La preocupación prioritaria por la seguridad nacional señoreó las filas demócratas en la oposición, pero con unos matices que fueron agrandándose, hasta provocar divisiones. En el Senado, solo un conmillón, Russ Feingold, por Wisconsin, votó en contra de la polémica Patriot Act en octubre de 2001. Pero un año después, la unanimidad en el partido saltó por los aires en relación con las intenciones bélicas, y los argumentos esgrimidos para justificarlas, de la Administración Bush contra Irak. Entonces, Hillary, en una decisión que

iba a echársele en cara muchas veces en el futuro y que iba a terminar lamentando, fue uno de los 29 senadores demócratas –sobre 50- que votó junto con la bancada republicana..

Ahora bien, en todo este tiempo, la senadora no dejó de defender el compromiso federal con los programas sociales y de instar al Ejecutivo a que destinara parte del histórico superávit de tesorería dejado por la Administración de su marido a amortizar deuda pública y a apuntalar el Medicare y el sistema nacional de pensiones. Al contrario, el más valioso legado de los años de Clinton fue engullido con rapidez por los colosales gastos de defensa y seguridad contraídos por el Gobierno republicano. Coherente con sus advertencias contra el regreso de los presupuestos deficitarios, Clinton destinó un voto negativo a los paquetes de recortes de impuestos lanzados por el Ejecutivo porque a su entender transgredían el principio de la responsabilidad fiscal.

Después de todo, aunque menos que antes, Hillary seguía siendo vista por la mayoría del gran público como una liberal, en cuestiones económicas y sobre todo en cuestiones sociales, a la luz de sus posturas favorables al derecho de las mujeres al aborto (aunque ella, a título particular, no lo admitía), a un mayor control sobre las armas de fuego, a la investigación con células madre financiada con fondos federales, y a la adopción de medidas conservacionistas y de racionalidad energética para combatir el cambio climático por el calentamiento global, cuya directa relación con las emisiones de efecto invernadero admitía. Como casi todos los políticos de los dos partidos hegemónicos, defendía la pena de muerte para los delitos más graves. En cuanto al debate sobre el matrimonio homosexual, se declaraba contraria al mismo, pero también a su prohibición implícita por definición constitucional, al tiempo que aceptaba la fórmula de la unión civil de parejas del mismo sexo con iguales derechos que los matrimonios heterosexuales.

Sus críticas a Bush y al secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, subieron de tono al ritmo de los descalabros acumulados por la desastrosa ocupación de Irak, país que visitó, al igual que Afganistán, para comprobar los estados de la reconstrucción y de la lucha contra la insurgencia y el terrorismo, aunque disintió de los colegas del partido que exigían la inmediata repatriación de las tropas desplegadas en el país árabe, al entender que una retirada precipitada solo serviría para agravar la inseguridad.

Las especulaciones sobre su entrada en las elecciones primarias del Partido Demócrata en 2003 las desmintió una y otra vez Clinton; al parecer, la senadora consideraba prematura una aventura presidencial en 2004. Entregada a una frenética actividad viajera dentro y fuera de Estados Unidos, cultivando su presencia en los platós de televisión y desmarcándose ostensiblemente del ala demócrata de centro-izquierda, cuyas cabezas visibles eran Al Gore y el ex gobernador de Vermont Howard Dean, la senadora mantuvo su palabra de no saltar a la arena. En marzo de 2004, luego de desistir Dean, Clinton respaldó la precandidatura presidencial de **John Kerry**, senador por Massachusetts, frente a la de John Edwards, senador por Carolina del Norte. A continuación, hizo campaña por Kerry y en noviembre de 2004 anunció su intención de presentarse a la reelección en el Senado, a sabiendas de que la derrota de Kerry frente a Bush en las urnas nacionales la convertían a ella en la gran esperanza de los demócratas de cara a la elección presidencial de 2008.

4. El factor Obama: de rival en las primarias demócratas de 2008 a secretaria de Estado en 2009

Impulsada por el anuncio por Gore de que no le interesaba regresar a las competiciones electorales y por su formidable habilidad para recaudar fondos, Clinton, puesta al frente del nuevo Comité Directivo de Alcance del Partido Demócrata en el Senado, encaró la campaña reeleccionista en la Cámara alta del Congreso como un paseo triunfal que debía situarla, cual inmejorable plataforma de lanzamiento, en la rampa que apuntaba a la Presidencia de Estados Unidos, una meta todavía no confesada y que se presentaba, pese a la fuerza, la popularidad y la experiencia de la aspirante oficiosa, tachonada de obstáculos. Dos eran obvios: primero, debía ganar las primarias de su partido, en las que ya amenazaba con hacerle sombra el 14 años más joven **Barack Obama**, senador por Illinois, negro y poseedor de un seductor discurso reformista muy

crítico con la Administración Bush y que sobrepasaba al de ella por la izquierda; luego, tenía que imponerse al adversario republicano, que en todo caso no sería, al descartarlo de plano la interesada, la secretaria de Estado **Condoleezza Rice**, quien había conseguido zafarse de los niveles de desgaste y descrédito sufridos por otros miembros del núcleo duro de la Administración Bush.

A su vez, las opciones de victoria de Clinton en ambas contiendas dependían de su capacidad para sortear dos hándicaps puramente personales. Por de pronto estaba su género, pues habría que ver si el electorado estaba maduro para la perspectiva de contemplar a una mujer mandando desde el Despacho Oval: hasta la fecha, ninguno de los dos partidos hegemónicos había nominado nunca a una candidata, y ni tan siquiera había habido una precandidata demócrata o republicana con posibilidades razonables de proclamación, ausencia que estaba haciendo de Estados Unidos una clamorosa anomalía, sobre todo por tratarse de una democracia, en la escena internacional. Luego, además, estaba su persistente reputación de figura "polarizadora", todo un estigma en un sistema que ensalzaba a los dirigentes "unificadores": la senadora suscitaba emociones extremas ("ámala u ódiala", rezaba la portada de la edición del 28 de agosto de 2006 de la revista *Time*) casi a partes iguales. En su propio partido, la fría, calculadora y capacitada política tenía una legión de compañeros que la miraban con recelo, irritación o resentimiento.

4.1. La pugna con Obama por la nominación de la candidatura presidencial demócrata

El 7 de noviembre de 2006 Hillary arrolló al republicano John Spencer con el 67% de los votos y el 4 de enero de 2007 inauguró su segundo ejercicio senatorial. 16 días después, a sus 59 años, la ex primera dama anunció lo que, con mayor o menor credibilidad, venía presuponiéndosele desde hacía más de una década, la decisión de contender por la candidatura presidencial demócrata, para lo que ponía en marcha un comité de exploración. Con hasta el 45% de apoyos, de acuerdo con el sondeo más optimista, ella era la clara favorita del campo demócrata, muy por delante de Obama y Edwards, los otros dos precandidatos que contaban. "Estoy ahí para ganar", empezaba manifestando la senadora en su web de Internet, antes de plantear la necesidad de escoger a un presidente capaz de "deshacer los errores de Bush y restaurar nuestra esperanza y optimismo".

Confiada en su ventaja, Clinton se dedicó a recoger fondos, a captar votantes y a desgranar sus propuestas electorales sin preocuparse mucho por lo que hacían y decían sus perseguidores en los sondeos. En abril de 2007 el matrimonio Clinton liquidó un *blind trust* o fideicomiso ciego, mecanismo de inversiones creado cuando el segundo fue elegido presidente en 1993, con el fin de evitar posibles conflictos éticos o menoscabos a la confianza política de ella, lo que supuso la venta de varios paquetes de acciones en bolsa. Tras esta operación, el matrimonio habría visto ascender su patrimonio económico hasta los 50 millones de dólares, consolidando su posición, según cálculos de la prensa especializada, entre las 14.500 fortunas familiares del país. Entre los dos, habían ingresado desde 2000, constaba en su declaración fiscal, 109 millones de dólares, la mitad cobrados por él como conferenciante. En todo este tiempo, la pareja había reclamado deducciones fiscales por más de 10 millones de dólares dados a la caridad, dinero que casi en su totalidad había sido donado a un fundación filantrópica creada y dirigida por el propio ex presidente, el cual debutó en la precampaña de su esposa con un primer acto conjunto en julio de 2007.

En las políticas exterior y de seguridad, Hillary endureció su rechazo a la prolongación de la presencia militar en Irak sin definir unos plazos de retirada, si bien consideró insensato evacuar a todas las tropas, aunque sin dar pie con ello a la creación de bases permanentes, e, ignorando las recriminaciones de Obama, tampoco creyó necesario mostrar arrepentimiento por su voto en el Capitolio favorable a la invasión de 2003. Su justificación era que entonces, con la información de inteligencia disponible en torno a las finalmente inexistentes armas de destrucción masiva, existía un "consenso" sobre que el régimen baazista entrañaba una seria amenaza para la paz y la seguridad.

Con tono de *halcón* conservadora esta vez, Clinton dirigió advertencias y amenazas a Irán por perseguir una

capacidad nuclear, cuya materialización en bombas atómicas -pese a mantener Teherán por activa y por pasiva que únicamente buscaba ampliar su producción energética, más allá de la que brindasen los hidrocarburos- debía impedirse a toda costa, y por alentar el terrorismo, pero se mostró dispuesta a entablar con Teherán un diálogo diplomático para remover tensiones. A Israel, tras años de recíproco cortejo con los *lobbies* judíos nacionalistas, la precandidata le dirigió un respaldo acrítico e "inquebrantable": el Gobierno israelí estaba en su perfecto derecho a levantar el muro de seguridad en Cisjordania, a combatir al terrorismo palestino y las agresiones de los radicales de Hamás como creyera conveniente, y a bombardear a la guerrilla de Hezbollah en Líbano. En abril de 2008 indicó que ante un hipotético ataque iraní a Israel con armas nucleares, ella, como presidenta, no dudaría en ordenar una represalia bélica contra la República Islámica en los mismos términos. Por otra parte, en noviembre de 2007 Clinton afirmó que las necesidades de la seguridad nacional prevalecían sobre las consideraciones de Derechos Humanos.

La Hillary más liberal asomó en las propuestas socioeconómicas. En septiembre de 2007 presentó su Plan Americano de Opciones de Salud, que perseguía la cobertura médica universal mediante el seguro obligatorio de todo asalariado y la expansión del *Medicare*. Los 110.000 millones de dólares que la reforma costaría saldrían del recorte de los gastos médicos del Estado y, sobre todo, de la eliminación de las deducciones fiscales, aplicadas por la Administración Bush, para las rentas superiores a los 250.000 dólares anuales. A diferencia del *Hillarycare* naufragado en la década anterior, este plan sanitario permitiría a los beneficiarios escoger entre el seguro público y el privado, y no generaría burocracias federales o estatales.

La precandidata esbozó también un paquete de estímulo económico por valor de 110.000 millones de dólares para paliar los daños de la crisis de las hipotecas *subprime* a las familias con menos ingresos. Meses después, con ella ya apeada de la contienda presidencial, iba a conocerse el impacto devastador de la crisis de los *bonos basura* en gigantes del sistema financiero como la compañía Lehman Brothers, convirtiendo en bagatela el socorro contemplado por la senadora. Asimismo, la senadora consideraba perentorio abandonar la política energética de Bush, lo que pasaría por ratificar el Protocolo de Kyoto (firmado por la Administración de su marido en 1997), reducir la dependencia de las importaciones petroleras, explotar parte de las reservas nacionales de crudo, volcarse en el desarrollo y el consumo de energías renovables, y establecer plazos taxativos para la reducción de emisiones contaminantes.

Clinton se percató de que tendría que emplearse a fondo para mantener su primacía en los sondeos en los debates televisados de octubre y noviembre, donde Obama y Edwards la sometieron a fuego graneado. El émulo más peligroso era el carismático y articulado senador por Illinois, la patria chica de ella, cuyo mensaje del "cambio" empezaba a calar en las bases demócratas, fundamentalmente entre los negros, los jóvenes y los profesionales con formación superior, los cuales encontraban más atractivo y esperanzador el mensaje de Obama que las "soluciones" de las que hablaba la de Nueva York. Vendiendo experiencia y solvencia, Hillary pasó al contraataque, metiéndose en el bolsillo a las mujeres blancas, atrayendo a los hombres de clase trabajadora también blancos y cortejando a los hispanos. Pero ya no había lugar para el ufano triunfalismo.

El 3 de enero de 2008 Obama propinó un primer hachazo en los emblemáticos caucus de Iowa, que dieron el banderazo de salida a la carrera de la nominación demócrata y que pusieron a Clinton provisionalmente a la zaga en la cuenta de delegados convencionales. En número de votos, fue incluso superada por Edwards, quedando en un humillante tercer lugar. La senadora se tomó la revancha días después ganando sin autoridad la primaria de New Hampshire y los caucus de Nevada, pero antes de terminar el mes Obama volvió a doblegarla en Carolina del Sur. Las retiradas de Edwards y el gobernador de Nuevo México, Bill Richardson, convirtieron las primarias demócratas en un duelo de dos que alcanzó cotas de gran aspereza, sin rehuir los contendientes los ataques puramente personales y el mutuo descrédito, lo que resultaba bastante insólito entre postulantes de un mismo partido.

Clinton no consiguió decantar la lucha a su favor en el *supermartes* de principios de febrero, cuando hubo primarias o caucus en 23 estados, que acabó en un decepcionante empate técnico. Sus opciones empezaron

a desmoronarse ese mismo mes al apuntarse Obama once victorias consecutivas. Los tomas y dacas fueron sucediéndose, aunque la balanza parecía inclinada definitivamente del lado de Obama. Clinton empezó a ser presionada para que arrojara la toalla, pero sus triunfos en los importantes estados de Ohio, Texas y Pensilvania le hicieron aferrarse al argumento de que seguía teniendo posibilidades de ser nominada en agosto.

La dilatación del proceso por la obstinación esperanzada de Clinton alarmó a los dirigentes del partido, temerosos de que el único beneficiario de la contienda fratricida fuera el candidato de los republicanos, el senador por Arizona y veterano de la guerra de Vietnam John McCain, quien tenía asegurada su nominación desde marzo. Obama recibió una cascada de respaldos de personalidades demócratas y Clinton fue quedándose sola. Esto magnificó la irritación en el partido, donde poco más o menos conminaron a Clinton a que se tragara su orgullo y reconociera su derrota. La precandidata demoró su retirada hasta cuatro días después de rebasar Obama, el 3 de junio, el número de delegados, 2.118, necesarios para asegurarse matemáticamente la nominación, y una vez pronunciados todos los estados y pasados en masa a la precandidatura del senador de color los llamados superdelegados. Al final, ella se quedó con 1.922 delegados y superdelegados.

El sueño presidencial de Hillary se despedía también rodeado de agujeros financieros: la campaña, que no había podido igualar el récord de recaudación de Obama y que encima había estado en el punto de mira por los perfiles poco recomendables de algunos generosos donantes, le había costado a la senadora 212 millones en gastos y 23 millones en deudas. A modo de gesto de resistencia postrero, aireó su exigencia de acompañar a Obama como candidata a la Vicepresidencia, fórmula integradora que no se materializó porque el escogido por Obama para integrar su fórmula electoral fue Joe Biden, senador por Delaware desde 1973.

El 7 de junio de 2008 Hillary, como por ensalmo, disipó en Washington todo el aire de acritud acumulado en los pasados meses expresando su apoyo incondicional a Obama, haciendo suyo su lema, el ya celeberrimo *Yes, we can*, y exhortando a sus fieles a que hicieran lo mismo. El 27 de agosto, en la Convención Nacional Demócrata celebrada en Denver, Clinton, secundada por su marido, pronunció un apasionado discurso en pro de la unidad de los demócratas y a mayor gloria de quien se consideraba una "orgullosa partidaria". A continuación, la senadora se puso a hacer campaña por Obama en la contienda contra McCain.

4.2. Hillary, ministra de Exteriores de Estados Unidos

Tras la triunfal elección del demócrata el 4 de noviembre como el primer presidente negro de Estados Unidos, se planteó la cuestión, prácticamente obvia, de la inclusión de Clinton en el equipo dirigente que debía tomar posesión el 20 de enero de 2009. Sin duda, la todavía senadora no se conformaría con menos que un puesto de alto relieve político y gran proyección mediática, que compensara con creces su baja en el poder legislativo. El 21 de noviembre la prensa informó que el cargo de postín ofrecido por Obama y aceptado por la interesada era la Secretaría de Estado, pero con una condición: que su marido, para prevenir el menor riesgo de un conflicto de intereses, aplicase una política de escrupulosa transparencia a las actividades y los ingresos económicos de su Centro Presidencial y su Fundación, cuyas listas de donantes tendrían que ser reveladas. Se daba por descontado que ella se abstendría de recaudar fondos y participar en actos de la William J. Clinton Foundation y la Clinton Global Initiative.

El 1 de diciembre el presidente electo confirmó en Chicago el nombramiento de Clinton como jefa de la diplomacia estadounidense, la tercera tras los ejercicios de la también demócrata Madeleine Albright durante la presidencia del marido y de la titular saliente, Condoleezza Rice. "Es una americana de inmensa talla que tendrá mi plena confianza, que conoce a muchos de los líderes mundiales, que obtendrá el respeto de todas las capitales y que claramente tendrá la habilidad de promover nuestros intereses por el mundo", explicó el mandatario electo

En el mismo acto de presentación, y más tarde en su comparecencia de evaluación ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Clinton fusionó su visión de la nueva política exterior estadounidense con la de Obama e incidió en los principios generales que ambos habían expresado en términos casi idénticos: que el país debía recuperar la credibilidad perdida ante el mundo, regresar al multilateralismo, desmilitarizar y desideologizar sus relaciones internacionales, emplear la fuerza solo como "último recurso" y poner más ahínco en la cooperación con aliados y socios que en la búsqueda de enemigos. Había llegado el momento de aplicar una "diplomacia inteligente", "vanguardia" de un "poder inteligente" que sabría emplear "la amplia gama de herramientas a nuestra disposición: diplomáticas, económicas, militares, políticas, legales y culturales", manifestó. Los "tres pilares" de esta política exterior serían la diplomacia, la defensa y el desarrollo. Y el espíritu motriz, un "matrimonio de principios y pragmatismo, no rígida ideología".

En el terreno operativo, aunque sin entrar en detalles ni desvelar intenciones concretas, Clinton mencionó como prioridades de su labor las siguientes: buscar una paz duradera en Oriente Próximo satisfaciendo las necesidades de seguridad de Israel, permitiendo la creación del Estado palestino y finalizando el sufrimiento de los civiles en la zona; derrotar al terrorismo de Al Qaeda con una "estrategia integral"; retirar de manera "segura y ordenada" a los soldados de Irak, que Obama había prometido culminar en un plazo de 16 meses, luego teniendo en cuenta en todo momento la situación de la seguridad y las opiniones de los mandos militares; intensificar la aportación a las luchas antiterrorista y antitalibán que libraban los gobiernos de Pakistán y Afganistán, lo que implicaba enviar más tropas de combate al segundo país, en paralelo al repliegue de Irak; "persuadir" a Irán de que tenía que renunciar a su programa nuclear pretendidamente civil; y prevenir también la proliferación nuclear en Corea del Norte, país que en 2006 había consternado y alarmado al mundo con su primera detonación de una bomba atómica.

Además, era menester forjar con Rusia una cooperación provechosa en materias de importancia estratégica, como la reducción de los arsenales atómicos, establecer una relación igualmente positiva con China y construir una asociación política y económica con India. En África, había que detener la guerra de Kivu en la República Democrática del Congo, poner fin a la "autocracia" en Zimbabwe y hacer lo mismo con la "devastación humana" en la región sudanesa de Darfur. No podía faltar el compromiso de profundizar las relaciones de confianza con viejos aliados, amigos y socios de Estados Unidos, como Europa, Canadá, Japón, México, Australia, Corea del Sur y los países de la ASEAN. Y había que colocar en el primer plano las luchas contra el cambio climático, la pobreza y el hambre, y en defensa de los derechos de las mujeres y los niños.

En cuanto a los numerosos instrumentos jurídicos internacionales que la Administración Bush había despreciado o simplemente ignorado, Clinton mencionó expresamente el Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares (CTBT) y el Tratado de Prohibición de Transferencia de Material Fisible (FMCT), para los que reclamó la ratificación en casa y la negociación internacional, respectivamente. La posibilidad de ratificar el Protocolo de Kyoto sobre reducción de emisiones carbónicas asomó en apariencia en el discurso de la próxima jefa del Departamento de Estado cuando Clinton veía a Estados Unidos como una potencia "líder" en la lucha internacional contra el cambio climático, participando activamente en esfuerzos tales como la XV Conferencia de las Partes de la Convención Marco de la ONU sobre el Cambio Climático, a celebrar en Copenhague en diciembre de 2009.

El 21 de enero de 2009, un día después de tomar posesión Obama y el vicepresidente Biden, el nombramiento de Clinton como secretaria de Estado fue ratificado por el pleno del Senado con 94 votos a favor y dos en contra. El mismo día, al tiempo que otros miembros del Gabinete, Clinton juró el puesto gubernamental, cesando al punto como senadora. Se trataba de la primera ex primera dama que asumía un puesto en el Gabinete de Estados Unidos.

5. El cuatrienio como jefa de la diplomacia estadounidense: protagonismo, respeto internacional y

pocos resultados

Clinton se estrenó en el Ejecutivo de Washington poniéndose en contacto con numerosos jefes de Estado y de Gobierno para comunicarles el cambio de rumbo en la política exterior estadounidense, donde había "mucho daño que reparar", invitando al régimen iraní a un diálogo directo para resolver el contencioso nuclear y reservando su primera salida al exterior, en febrero, al área geográfica que la Administración Obama consideraba su "máxima prioridad", Extremo Oriente y el Pacífico Noroccidental.

En su minigira por Japón, Indonesia, Corea del Sur y China Popular, viaje inaugural de un periplo mundial que en los próximos cuatro años iba hacer escalas en 112 países y anotar la friolera de millón y medio de kilómetros recorridos, Clinton instó a Corea del Norte a poner fin a sus "actos provocadores", si bien el paranoico e impredecible régimen comunista de Pyongyang, en su peligrosa huida hacia adelante, hizo oídos sordos, retirándose de las conversaciones sexpartitas enfocadas en su desnuclearización y, en mayo, volviendo a concitar el repudio universal al realizar una segunda prueba nuclear subterránea, más potente que la de 2006. En Beijing, la huésped, en aras de los intereses económicos, más en medio del caos financiero y la Gran Recesión provocados por la quiebra de Lehman Brothers el año anterior, y de la seguridad regional, dejó en un segundo plano la demanda del respeto de los Derechos Humanos por el Gobierno chino.

5.1. Fracaso en Palestina

A continuación, en marzo, estando aún calientes los rescoldos de la mortífera (más de 1.400 palestinos muertos) guerra de tres semanas desencadenada por las Fuerzas de Defensa Israelíes contra la franja de Gaza en un intento, baldío, de destruir de una vez por todas la capacidad de Hamás para atacar con cohetes el sur de Israel, la secretaria de Estado se desplazó a Israel y Cisjordania para sondear las disposiciones negociadoras del primer ministro **Ehud Olmert** y el presidente **Mahmoud Abbas**. Desde la Conferencia de Annapolis de noviembre de 2007, intento fallido de revivir el plan de la *Hoja de Ruta* de 2003, el proceso de paz palestino-israelí se encontraba en el dique seco. En el campo palestino, no se ocultaba la preocupación por las sólidas credenciales proisraelíes de la nueva jefa de la diplomacia estadounidense, que difícilmente podría acercarse siquiera a la condición de mediadora neutral.

A los pocos días, Olmert fue desplazado de la jefatura del Gobierno israelí por el derechista **Binyamin Netanyahu**, quien se mostraba resueltamente contrario a frenar la expansión colonial y urbana en Cisjordania y Jerusalén oriental, y reacio a asumir el principio del Estado palestino, dos cuestiones que para la OLP y Abbas eran requisitos fundamentales para entablar cualquier negociación. Clinton y el enviado especial de Obama para Oriente Próximo, el ex senador George Mitchell, presionaron a Netanyahu para que fuera flexible, pero a la hora de la verdad la secretaria de Estado eludió condenar como ilegítimos y contrarios al derecho internacional los asentamientos judíos, cuya erección entrañaba confiscar y arrasar propiedades a sus legítimos propietarios palestinos. Después de todo, las "relaciones especiales" con Israel seguían siendo un puntal crítico de la estrategia exterior y de seguridad de la superpotencia, y su carácter "inquebrantable" estaba fuera de toda duda.

Las idas y venidas de Clinton sirvieron al menos para que en septiembre de 2010 Netanyahu y Abbas, luego de decretar el primero una moratoria de 10 meses en el levantamiento de nuevos asentamientos en Cisjordania y al cabo de siete rondas de conversaciones indirectas, abrieran un diálogo directo con la participación de Obama en Washington. El objetivo de las enésimas conversaciones de paz palestino-israelíes era alcanzar el huidizo "acuerdo sobre el estatus final" basado en la solución de los dos estados, que Netanyahu decía ahora asumir -siempre, eso sí, que los palestinos aceptaran un Estado propio desmilitarizado, sin continuidad territorial, sin capitalidad en Jerusalén y sin el derecho de retorno de los palestinos refugiados desde 1948-, pero aquellas naufragaron a las pocas semanas al no prorrogar el Gobierno israelí, con el pretexto de que sus interlocutores palestinos rechazaban reconocer a Israel como Estado judío, la congelación de la colonización judía en los Territorios Ocupados.

Clinton, resignada y claudicante, quedó desairada por esta decepción, pues poco antes del anuncio de la moratoria por Netanyahu, en noviembre de 2009, ella se había deshecho en elogios al primer ministro y había llegado a respaldar su tesis de que para hablar con los palestinos no era necesario parar los proyectos urbanísticos en Jerusalén oriental. No quedó en mejor lugar Obama, que llegó a implorar a Netanyahu para que extendiera la moratoria colonizadora en Cisjordania y que en su famoso discurso pronunciado en El Cairo en junio de 2009 había dicho sin ambages que las colonias judías eran el principal obstáculo para la paz. El público fue capaz de percibir que Obama y Biden eran más severos que Clinton a la hora de valorar los desplantes de Netanyahu.

En febrero de 2011, en medio del coro de críticas internacionales a la actitud de Netanyahu, Estados Unidos no vaciló en vetar en el Consejo de Seguridad de la ONU, una vez más, una resolución de condena a Israel donde se le recordaba la ilegalidad de todos los asentamientos erigidos en los Territorios Ocupados desde 1967. Ese mismo año, el Departamento de Estado volvió a echarle un capote a Israel en septiembre, cuando intentó neutralizar el anuncio por Abbas de que pediría al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General de la ONU la admisión plena en la organización del Estado de Palestina, y en octubre, cuando, en represalia por la aceptación de Palestina en la UNESCO como miembro de pleno derecho, Estados Unidos decidió retirar su aportación económica a esta organización.

5.2. La guerra contra el terror en Af-Pak y el frustrante expediente de Irán

En sus primeros meses como secretaria de Estado, Clinton se alineó con las tesis de su colega del Departamento de Defensa, **Robert Gates**, y los mandos del Pentágono que recomendaban a Obama un incremento sustancial de las tropas de combate en Afganistán, desde los 38.000 efectivos que había en enero 2009 hasta los 68.000 o 78.000 (llegado diciembre, el presidente iba situar el techo temporal del contingente total en los 98.000 hombres), para debilitar a la insurgencia talibán antes de plantear un calendario de retirada que en cualquier caso sería años después de la repatriación de los 142.000 soldados que servían en Irak, un proceso este que empezó nada más producirse el cambio de Administración en Washington, tal como Obama había prometido durante su campaña electoral, y que iba a quedar concluido en diciembre de 2011.

La costosa *surge* afgana no tuvo los resultados esperados en el campo de batalla y, al contrario, disparó las bajas estadounidenses. Además, Clinton se vio obligada a amonestar seriamente al presidente protegido del país asiático, **Hamid Karzai**, a causa de la corrupción y la ineficiencia que lastraban su Gobierno, y por el fraude clamoroso de su reelección en las votaciones supuestamente democráticas de agosto de 2009.

A finales de 2010, la constatación de que la intervención militar abierta en Afganistán, tras casi una década de guerra, decenas de miles de muertes (incluidas las de cerca de 1.500 militares estadounidenses) y un gasto económico colosal, no servía para derrotar a los talibanes mientras se avanzaba penosamente en la reconstrucción material, y que convenía explorar las posibilidades, si bien remotas, de un arreglo negociado entre los integristas y Karzai, empujó a Obama y a su ministra a consensuar con los aliados de la OTAN un plan de retirada paulatina de las tropas de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, la ISAF, entre 2011 y finales de 2014, fecha en que las fuerzas de seguridad afganas podrían tal vez asumir el control de la seguridad en todo el país. Afganistán era un constante quebradero de cabeza, pero también un pivote de la seguridad: en julio de 2012 Clinton, desde Kabul, anunció a sus anfitriones la concesión del estatus de Aliado Importante No de la OTAN (MNNA), lo que colocaba a Afganistán al nivel de países como Japón, Australia, Corea del Sur, Israel y Egipto, todos los cuales mantenían con Estados Unidos relaciones estratégicas en el ámbito de la defensa.

En relación directa con la crisis afgana, a Clinton le tocó llevar el espinoso capítulo de los tratos con el Gobierno aliado -aunque difícil, como el de Kabul- de Islamabad. Pakistán era el escenario de una creciente

campaña de bombardeos aéreos mediante drones, trufados de los eufemísticamente llamados *daños colaterales* (o sea, la muerte de población civil inocente por misiles que erraban el blanco), contra los talibanes locales y el terrorismo yihadista fuerte en las áreas tribales próximas a la porosa frontera de Afganistán. Y también el de una búsqueda incansable sobre el terreno de **Osama bin Laden**, el cual fue finalmente liquidado el 2 de mayo de 2011 en su escondrijo en la ciudad norteña de Abbottabad, en una acción de comandos aerotransportados de operaciones especiales no exenta de puntos oscuros y que Clinton, tal como pudo verse en una foto publicada por los medios donde fue captada con gesto de tensión, siguió en directo desde la *Situation Room* de la Casa Blanca junto con Obama y otros altos cargos.

El Gobierno de Islamabad, ya enfadado por los daños indeseados de las misiones de drones, expresó su ira por un asesinato selectivo que, así lo presentó a la opinión pública, había sido realizado sin su consentimiento y en flagrante violación de la soberanía nacional, pero la Casa Blanca y el Departamento de Estado, a su vez muy irritados por la más que evidente conchabanza, pese a los desmentidos oficiales, entre los servicios de inteligencia del Ejército pakistaní y los talibanes afganos, rehusaron emitir una disculpa y, por contra, reclamaron explicaciones a Islamabad por el hallazgo en su territorio del archifamoso fugitivo saudí. A finales de mes, Clinton viajó a Islamabad para intentar rebajar la tensión; tras su gélido encuentro con las máximas autoridades del país, la secretaria afirmó que las relaciones bilaterales pasaban por un "punto de inflexión" y que el Gobierno pakistaní tenía que tomar "pasos decisivos" en la lucha contra el terrorismo. Las amenazas, encontronazos y represalias entre dos gobiernos que se necesitaban mutuamente se prolongaron durante un año, hasta que pudo recobrase un relativo buen tono. En septiembre de 2012 Clinton y el presidente **Asif Ali Zardari** sostuvieron en Nueva York un encuentro caracterizado por la cordialidad.

Con todo, la Administración Obama consideraba que era el programa nuclear de Irán, y no la insurgencia y el terrorismo en Irak, Afganistán y Pakistán, la mayor amenaza para la seguridad de Oriente Medio, y por extensión para Estados Unidos, junto con el terrorismo global de Al Qaeda. Al iniciar su mandato, el nuevo presidente reiteró su determinación de evitar que el régimen de Teherán llegara a obtener algún día capacidad armamentística en ese terreno, lo que de producirse trastocaría dramáticamente la balanza de poder regional favorable a Israel; para ese fin, Estados Unidos contaba con una panoplia digna del *smart power* preconizado por los demócratas, con una serie graduada de opciones diplomáticas y coercitivas. Si la vía de las conversaciones no funcionaba, no habría más remedio, sugerían Obama y Clinton, que imponer nuevas sanciones económicas. Y como opción de último recurso, ahora mismo arrinconada por sus elevados riesgos y sus incalculables consecuencias, estaba la intervención militar, que de llevarse a cabo sería casi con certeza de manera unilateral, sin la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU.

Así que, inicialmente, Washington apostó por la vía de la persuasión diplomática. Obama lanzó mensajes conciliadores a Teherán e instruyó a Clinton para que intentara que los iraníes dieran su brazo a torcer en la mesa de negociaciones multilaterales, en curso desde hacía años pero con resultado infructuoso hasta la fecha, conducidas por el llamado Grupo 5+1, que incluía a los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania. Sin embargo, el Gobierno iraní, que insistía hasta la saciedad en que estaba en su legítimo derecho a investigar con los procesos de fisión del átomo y sintetizar combustible nuclear destinado a la generación eléctrica para el abastecimiento civil, se mantuvo impasible, no emitiendo ningún señal alentadora. Rápidamente quedó claro que el régimen de los ayatolá ni iba a cancelar su programa de enriquecimiento de uranio ni estaba dispuesto a someterse al exigente régimen de verificación de la AIEA.

En julio de 2009 la secretaria de Estado fue muy enfática sobre que Estados Unidos no permitiría a Irán dotarse de armamento nuclear de ninguna manera y que si su Gobierno persistía en el programa de investigación atómica, que avanzaba a buen ritmo, la superpotencia suministraría el adecuado armamento pesado a las monarquías árabes del golfo Pérsico, ampliando su "paraguas de defensa" en tan estratégica región.

Al comenzar 2010 Clinton se puso manos a la obra para organizar el endurecimiento del régimen de sanciones internacionales contra Irán, iniciado en 2006. Llegado junio, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una cuarta ronda de castigos centrados en los capítulos armamentístico y financiero. El embargo petrolero, para decepción de Clinton, siguió quedando excluido por decisión de Rusia y China. Por su parte, el Congreso dio otro giro de tuerca a las sanciones nacionales de Estados Unidos. En lo sucesivo, Clinton ya solo se pronunció sobre Irán en términos negativos, en medio de una tensión creciente y entre advertencias de que la "opción militar", analizada ciertamente por los mandos del Pentágono, se abría camino. Al final, más porque en 2012 tocaban elecciones y Obama no quería transmitir al electorado la impresión de que la guerra con Irán no sólo era inevitable sino inminente, el presidente y su secretaria de Estado procuraron desdibujar el escenario belicista y aplacar al aliado israelí, que se declaraba listo para bombardear y arrasar las amenazadoras instalaciones nucleares iraníes, en solitario de ser necesario, al estar en juego su propia "existencia como Estado".

La resistencia de Washington a activar la opción militar contra Irán implicaba un reconocimiento: que el departamento de Clinton no había sido capaz de construir una sólida coalición internacional para acrecentar el aislamiento del régimen iraní y, llegado el caso, tomar contra él represalias de fuerza armada. Este desenlace seguía sin contar con el visto bueno de China y Rusia, por más que Estados Unidos llegara a aseverar que las sospechosas actividades nucleares iraníes entrañaban una amenaza para la paz y la seguridad internacionales.

5.3. La diplomacia con rusos, europeos y latinoamericanos

En marzo de 2009 Clinton se encontró con su homólogo ruso, Sergey Lavrov, en Ginebra y allí, en un ambiente muy distendido y entre risas, le entregó un pulsador rojo inserto en una cajita de plástico y donde podía leerse la palabra *reset*. El singular obsequio aludía al anuncio hecho por Obama y el vicepresidente Biden sobre el deseo por Estados Unidos de "presionar el botón de reinicio" y "partir de cero" en sus relaciones con Rusia, bloqueadas desde la guerra contra el Estado transcaucásico de Georgia en el verano de 2008, con el fin de trabajar juntos en una serie de asuntos internacionales, todos complejos y algunos bastante delicados, de interés común. Sobre la mesa estaban capítulos tan importantes como el refuerzo de la cooperación militar en Afganistán, el control del programa nuclear iraní (Rusia brindaba asistencia técnica a Teherán), las reticencias de Corea del Norte a desmantelar el suyo y el relanzamiento, con metas más ambiciosas, de las negociaciones para la reducción de armas nucleares estratégicas, toda vez que los tratados START I de 1991 y SORT de 2002 expiraban respectivamente en diciembre del año en curso y en 2012.

La cuestión más espinosa era el plan de Estados Unidos, aprobado por la Administración Bush, de dotarse de un sistema de defensa nacional antimisiles (NMD) con alcance europeo, que Washington concebía mencionando las posibles amenazas a su territorio por gobiernos "rufianes" y organizaciones terroristas dotados de capacidad nuclear ofensiva, pero que a Moscú le parecía un panoplia esencialmente antirrusa, una amenaza frontal a su propia seguridad. Durante la campaña de las presidenciales, Obama ya había hablado de renunciar a la carísima NMD en su actual concepción, que preveía la instalación de radares y baterías de intercepción de misiles balísticos en Polonia y Chequia, siguiendo la estrategia clásica de la defensa estática avanzada. Las preocupaciones por la seguridad estratégica, la proliferación nuclear y el control de armamentos señoreaban, en suma, la densa agenda bilateral. Otras fricciones obedecían a los reconocimientos de las soberanías, mutuamente objetados, de Kosovo por Estados Unidos y de Abjazia y Osetia del Sur por Rusia. Moscú argüía que la integridad territorial de Serbia no podía mutilarse y Washington rechazaba la búsqueda por los rusos de "esferas de influencia" en el espacio ex soviético.

El viraje pragmático en los tratos con la Rusia del presidente **Dmitri Medvédev** y el primer ministro (y verdadero hombre fuerte del país) **Vladímir Putin**, muy criticado por los republicanos en la oposición, fue espectacular. Ya el mismo marzo de 2009 la Casa Blanca dispuso la reanudación, tras siete meses de

suspenso por la guerra de Georgia, de las reuniones del Consejo OTAN-Rusia, marco básico de las consultas entre Moscú y los aliados occidentales. La Alianza Atlántica, además, metió discretamente en el congelador las solicitudes de ingreso de Ucrania y Georgia, de las que Rusia no quería ni oír hablar.

En septiembre de 2009 Obama, tras dos encuentros con Medvédev, anunció el abandono del proyecto de la NMD centroeuropea y su sustitución por una alternativa más modesta pero más versátil enfocada a repeler ataques de misiles no de largo alcance, sino medio y corto, categoría de armas de destrucción masiva que ahora mismo sí nutrían los arsenales operativos de países bajo sospecha como Irán y Corea del Norte. La nueva arquitectura de la NMD, denominada Sistema de Defensa Antimisiles Balísticos Aegis (Aegis BMD), iba a consistir en componentes móviles de rastreo e intercepción montados en buques de la Armada y en países costeros del sur de Europa como Turquía y Rumanía.

Las firmas por Obama y Medvédev, en Praga el 8 de abril de 2010, del Nuevo START, que establecía para cada país unos topes históricamente bajos de 1.550 cabezas nucleares de largo alcance (frente a las 2.200 permitidas por el Tratado SORT), 800 lanzaderas y bombarderos estratégicos, y 700 misiles y bombas, y por Clinton y Lavrov, en la I Cumbre sobre Seguridad Nuclear en Washington cinco días después, de un Protocolo al Acuerdo sobre Gestión y Distribución de Plutonio (PMDA) de 2000, pusieron las relaciones bilaterales en su mejor momento. El buen ambiente continuó hasta la cumbre de la OTAN en Lisboa, en noviembre siguiente, ocasión en la que la Alianza Atlántica dio luz verde a la exploración de fórmulas para desarrollar un sistema conjunto de defensa antimisiles y donde Obama se refirió a Rusia como "un socio, no como un adversario".

Sin embargo, la afectuosa puesta en escena resultaba algo engañosa. Los antiguos recelos no se habían disipado y la gelidez invadió las relaciones ruso-americanas casi de súbito. En diciembre de 2011, las críticas del Departamento de Estado a la pobre calidad democrática de las elecciones legislativas celebradas en Rusia fueron acogidas por el Kremlin con mucha susceptibilidad y acritud. Putin, retornado en mayo de 2012 a la Presidencia de la Federación, advirtió a los estadounidenses que no debían inmiscuirse en los asuntos de su país, y en líneas generales el poder ruso dio nuevos bríos a la retórica nacionalista de resabios neosoviéticos que convertía a Occidente en general y a Estados Unidos en particular en el origen de todos los males.

En 2012 el lenguaje adquirió un inquietante tono de confrontación en ambas partes por el rechazo de Rusia a que la ONU impusiera sanciones petroleras a Irán y, sobre todo, a cualquier género de intervención militar en Siria, cuyo régimen baazista mantenía con él unas relaciones clientelares en materia de defensa. En julio, Clinton advirtió a Rusia (y a China) que podría "pagar un precio" por su pertinaz respaldo al brutal régimen de Damasco, el cual de esta manera hallaba margen de maniobra para proseguir y acentuar la despiadada represión de su rebelión interna, enmarcada en las revueltas populares antidictatoriales de la *Primavera Árabe* prendidas en la mayoría de los estados de la región a principios de 2011. Menos de cuatro años después del simbólico botón de *reseteo* regalado por Clinton a Lavrov en Ginebra, Estados Unidos y Rusia se miraban menos como socios que como competidores, rivales e incluso enemigos.

En los socios y aliados europeos, Clinton halló en 2009 vivas reacciones de alivio, satisfacción y contento por el nuevo talante con que el Gobierno de Estados Unidos, después del trato displicente prodigado por la Administración Bush, se dirigía a ellos. Siempre muy bien recibida en sus desplazamientos a los países de la UE (si bien polacos y checos recibieron el anuncio del descarte de la versión original de la NMD centroeuropea como un auténtico jarro de agua fría), Clinton se mantuvo no obstante en un discreto segundo plano a la hora de formular el Ejecutivo estadounidense la opinión que le merecía la estrategia adoptada por la UE, resumida en la austeridad fiscal a ultranza, para superar la gran crisis de las deudas soberanas de la Eurozona, cuyo efecto desestabilizador y de contagio en la convaleciente economía nacional el presidente y sus colaboradores temían grandemente.

Aquí, llevaron la voz cantante, en un sentido respetuosamente crítico pero nítidamente discrepante de las tesis ortodoxas de la canciller alemana **Angela Merkel**, el propio Obama y el secretario del Tesoro Timothy Geithner, artífices junto con la Reserva Federal de una política fuertemente intervencionista, keynesiana, de rescate financiero de bancos sin liquidez y estímulo de la economía con inyecciones masivas de dinero público, todo para sacar a Estados Unidos con la máxima rapidez de los estragos del colapso de Lehman Brothers y la Gran Recesión.

Por lo que se refiere a América Latina, el antiguo "patio trasero" de Estados Unidos era una compleja realidad geopolítica en transformación que estaba virando por cauces democráticos hacia gobiernos y políticas de izquierda (con protagonismo estelar de la revolución bolivariana del venezolano **Hugo Chávez** y su paulatino reclutamiento de aliados para las causas del socialismo y el antiimperialismo), y el interés mostrado por la Administración Obama hacia esta región contigua no fue ni con mucho el que al parecer le merecían los más lejanos tableros de Asia, Oriente Medio y Europa. Ahora bien, podía hablarse de ciertas excepciones nacionales, básicamente dos, México y Brasil.

Clinton destacó en el intento de recomponer las relaciones con México, país vecino y socio del NAFTA que estaba sumido en una guerra del Estado contra los poderosos carteles de la droga y en una terrible ola de *narcoviolencia*, con un balance provisional de 60.000 muertos, de la que Estados Unidos, vino ella a admitir, era también responsable, y por partida doble: de entrada, a causa de la "insaciable" demanda de drogas por los estadounidenses, y luego, además, porque casi todas las armas automáticas empleadas por las bandas criminales mexicanas para cometer sus matanzas eran adquiridas sin ningún problema al norte de la frontera y transportadas ilegalmente al sur con la misma facilidad.

Al atribulado Gobierno del presidente **Felipe Calderón**, Clinton le ofreció una mayor cooperación de la DEA y el FBI en la lucha antinarcóticos. Pero En 2010 y 2011 el Departamento de Estado sublevó al Gobierno Calderón al salir Clinton a comparar la situación del *narco* de México con la *narcoinsurgencia* sufrida por Colombia a finales del siglo XX, y a raíz de la filtración de los cables diplomáticos de *Wikileaks*, que revelaban la frustración de Estados Unidos por la venalidad e ineficacia de las fuerzas del orden mexicanas. Este último escándalo costó la renuncia del embajador en el DF, Carlos Pascual, en marzo de 2011.

Clinton participó también en el principio de suavización, tímido, del añejo bloqueo a Cuba, el cual ella, en una declaración sin precedentes realizada en abril de 2009, reconoció que había "fracasado". Dos meses después, el Departamento de Estado se resignó a que la Asamblea General de la OEA, en una decisión histórica, levantara la suspensión de membresía impuesta a la isla en 1962 tras el triunfo de la Revolución castrista.

Inicialmente, Clinton repudió el golpe de Estado que en junio de 2009 derrocó al presidente democrático de Honduras -y miembro del bloque bolivariano-, **Manuel Zelaya Rosales**, cuya reposición incondicional en el poder exigió. Las autoridades ilegítimas de Tegucigalpa fueron objeto de sanciones por Estados Unidos para que restituyeran el orden democrático, pero el Departamento de Estado no tardó en condescender con el desafiante Gobierno civil de facto y finalmente se avino a los hechos consumados. El curso de los acontecimientos en Honduras influyó en el regreso del discurso beligerante del presidente venezolano Hugo Chávez, quien al llegar Obama a la Casa Blanca se había mostrado dispuesto a superar la vitriólica confrontación practicada en los años de Bush. En 2010 Washington y Caracas practicaron un boicot recíproco de embajadores y en 2011 el Departamento de Estado impuso sanciones a la empresa estatal de petróleos venezolana, PDVSA, por sus negocios con el sector energético de Irán.

5.4. El escándalo *Cablegate*

El 28 de noviembre de 2010 Clinton y su departamento se toparon con un episodio de lo más desagradable: la publicación por cuatro periódicos europeos y en Estados Unidos por *The New York Times* de una primera

selección del más del cuarto de millón de cables diplomáticos no clasificados, confidenciales y secretos filtrados por la organización Wikileaks del australiano Julian Assange, quien a su vez los había obtenido del soldado y analista militar del Ejército estadounidense Bradley Manning.

Esta filtración documental a gran escala, sin precedentes por su magnitud, que seguía a las de los papeles del Pentágono sobre las guerras de Afganistán e Irak, realizadas ese mismo año, puso a la vista de todo el mundo un sinfín de análisis críticos, comentarios interpretativos y valoraciones francas, con frecuencia irritantes para los gobiernos afectados, la mayoría de los cuales correspondían a países que eran aliados, amigos o buenos socios de Estados Unidos. Los textos clasificados del Departamento de Estado eran en esencia informes rutinarios elaborados por los embajadores en las distintas capitales del extranjero, quienes cumplían su obligación de mantener informados a sus superiores en Washington sobre los panoramas nacionales y determinadas situaciones existentes en los estados donde estaban acreditados.

El denominado *Cablegate*, durante los meses que duró el goteo de publicaciones de misivas diplomáticas por las cabeceras de prensa y por la propia web de Wikileaks, que colgó en la red todos los cables filtrados, provocó un alud de reacciones internacionales de todo tipo, desde el disgusto y el malestar hasta el aplauso, pasando por la ironía o la displicencia. El embarazoso asunto obligó inmediatamente a Clinton a activar una campaña de contención de daños que incluyó tanto la aplicación de cambios en las medidas de seguridad interna de su departamento, puestas en entredicho por la masiva filtración, como la condena enérgica de la actitud de Wikileaks y palabras de descrédito para la ONG, cuya iniciativa debía verse como un "ataque a la comunidad internacional".

Las represalias oficiales fueron contundentes: el soldado Manning, quien ya se hallaba bajo arresto desde el mes de mayo, iba a ser juzgado por una corte militar y condenado a una dura pena de prisión en julio de 2013 como reo de unos cargos de espionaje, robo de documentos y fraude informático; en cuanto a Assange, prófugo de la justicia sueca por unas acusaciones de violación y acoso sexual, vio abierta una investigación criminal en Estados Unidos susceptible de dar pie a una extradición desde Suecia, escenario que el fundador y editor de Wikileaks eludió provisionalmente en junio de 2012 al tomar asilo en la Embajada de Ecuador en Londres.

5.5. El reto de la *Primavera Árabe*; el ataque de Bengasi y sus repercusiones

En 2011, la súbita ola revolucionaria de protestas bautizada como la *Primavera Árabe* y que tuvo su génesis en el levantamiento democrático tunecino fue vista pragmáticamente por Clinton y Obama como una oportunidad irrepetible que se le ofrecía a Estados Unidos para rehabilitarse ante las masas populares de Oriente Medio, precisamente al hilo del discurso cairota pronunciado por el presidente en 2009 sobre que América aspiraba a un "nuevo comienzo" basado en el "mutuo respeto" en sus relaciones con el mundo árabe-musulmán, donde señoreaban los regímenes despóticos de gobierno, los más petrificados del planeta.

Así, tras unos momentos de vacilación, más corta sin embargo que la falta de reflejos mostrada por la Unión Europea, Washington salió a apoyar las "aspiraciones democráticas de todos los pueblos" y rehusó echar un capote al presidente egipcio **Hosni Mubarak**, quien llevaba tres décadas siendo su más valioso y leal aliado en el mundo árabe pero que ahora estaba acorralado por cientos de miles de paisanos que repudiaban su autoritarismo y su corrupción. Clinton instó a la junta militar que sucedió a Mubarak a iniciar la era de las reformas democráticas radicales, a ser posible a través de una transición ordenada, y en junio de 2012 el Departamento de Estado, dejando clara su no interferencia en el proceso interno y su respeto a la voluntad del electorado egipcio, felicitó al ganador de las votaciones presidenciales, el candidato de los Hermanos Musulmanes, **Mohammed Mursi**, un político islamista susceptible de aplicar unas políticas no gratas a los intereses de Estados Unidos y de Israel. En sus primeras manifestaciones, el flamante presidente egipcio, consciente de lo crucial que resultaba para la vulnerable economía nacional la cuantiosa ayuda de Estados Unidos, transmitió su deseo de mantener un buen entendimiento con Washington.

Ahora bien, la postura del Departamento de Estado frente a las revoluciones árabes de 2011 pecó de contradictoria, pues si bien apoyaba a los manifestantes y alentaba el cambio democrático en Túnez, Egipto y -con matices- Yemen, al mismo tiempo aceptaba de manera tácita, empleando un lenguaje muy condescendiente, la represión -con el inestimable auxilio saudí- de sus protestas domésticas por la monarquía pseudoconstitucional de Bahrein, diminuto reino del Golfo con una mayoría de población shií sospechosa de tener simpatías republicanas y proiraníes, amén de fondeadero de la V Flota. Ahora bien, la disparidad de las reacciones que merecían las respuestas violentas de los mandamases árabes fue mucho más aguda en los dos casos donde la dictadura de turno optó por atajar las revueltas de la manera más cruel y despiadada, pero sin más resultado que la escalada hacia la guerra civil: Libia y Siria.

En el primer caso, la Administración Obama decidió cortar por lo sano con Gaddafi, después de años de trato diplomático untuoso (Clinton, a diferencia del presidente, no había llegado a estrecharle la mano al líder de la Jamahiriya, aunque en abril de 2009 había dispensado un cordial recibimiento a su hijo y enviado especial, Mutassim, el cual, junto con su padre, iba a resultar muerto a manos de los rebeldes en la batalla final de Sirte en octubre de 2011) y de suculentos acuerdos comerciales en el capítulo de los hidrocarburos, tan pronto como el desquiciado sátrapa magrebí ordenó disparar a discreción contra los revoltosos de Bengasi.

Clinton primero comunicó que Estados Unidos asumía como legítimas las aspiraciones de los rebeldes. A continuación, en marzo, se reunió en París con uno de sus cabecillas, el "primer ministro" Mahmoud Jibril, y, junto con la embajadora Susan Rice, orquestó en el Consejo de Seguridad de la ONU la resolución que autorizó la creación de una zona de exclusión aérea sobre Libia para proteger a la población civil de las fuerzas gaddafistas, mandato que a su vez amparó una operación de bombardeos aéreos sostenidos, rápidamente confiada al mando militar de la OTAN, cuyo objetivo oficioso era destruir la capacidad militar de Gaddafi y acelerar su derrocamiento. Hasta mediados de julio, a remolque de los aliados europeos y en mitad de la campaña de bombardeos de la OTAN, el Departamento de Estado no reconoció como "autoridad gubernamental legítima" al protogobierno montado por los rebeldes, el Consejo Nacional de Transición (CNT).

Tras el colapso del régimen de la Jamahiriya, la proclamación del sistema republicano de gobierno por el CNT y el linchamiento-ejecución de Gaddafi en Sirte el 20 de octubre, días después de arribar Clinton a la capital para saludar "la victoria de Libia", el Departamento de Estado inauguró una nueva era de relaciones con el país norteafricano en medio de inquietantes fracturas y vacíos de seguridad, al proliferar milicias de ex combatientes, partidas tribales y bandas islamistas de las que Washington poco o nada sabía, y que pusieron en jaque a las autoridades provisionales de Trípoli, aparentemente puestas bajo la protección estadounidense.

Los argumentos humanitarios esgrimidos por Clinton y Obama para parar la masacre de inocentes en Libia no fueron aplicados con el mismo rigor en Siria, donde la dictadura baazista del clan **Assad** desencadenó contra los manifestantes una represión de inaudito salvajismo que en 2012 degeneró ya en una mortífera guerra civil entre dos bandos irreconciliables y permeables al sectarismo religioso. La matanza sistemática de civiles por las tropas gubernamentales, con miles de muertos, consternó a la Casa Blanca, pero las medidas que esta adoptó no tuvieron el menor efecto paliativo.

El tono admonitorio y el firme veto de rusos y chinos en la ONU a cualquier medida punitiva contra el régimen de Damasco, más el temor a incrementar los niveles de violencia, ya de por sí elevadísimos, y dar pie a un gran conflicto regional sectario que arrastrara a Irán, Turquía, Arabia Saudí y a las comunidades shíes de Irak y Líbano, llevaron a Obama a asegurar en marzo de 2012 que una intervención unilateral allí sería un "error". Del cálculo de los riesgos no se apartaba la visión de una Siria convertida en imán para yihadistas, alqaedistas y otros integristas sunníes de todo el mundo, lo que de todas maneras ya estaba sucediendo.

Mucho más lento que en las ocasiones anteriores en la deslegitimación de la tiranía siria, a pesar de no haber sido nunca esta una aliada de Occidente, el departamento de Clinton practicó una estrategia contenida consistente en exigir la renuncia del presidente Bashar al-Assad, construir un círculo de presión diplomática y asistir discretamente con "ayuda no letal" a los rebeldes del Ejército Sirio Libre (ESL), que ya estaban recibiendo suministros de armas de Qatar y Arabia Saudí. Obama y Clinton cerraron las puertas a la intervención militar salvo en el caso de que Assad se atreviera a emplear su arsenal químico: esa era la "línea roja" que el sanguinario líder sirio no debía cruzar. Sin embargo, trascendió que ella era partidaria de suministrar armas estadounidenses al ESL de manera directa y profusa, nivel de implicación con el que el presidente no estaba de acuerdo. Las voces críticas con la política exterior de Estados Unidos no dejaron de denunciar su "doble rasero" en los conflictos de Libia y Siria.

La política seguida por Obama y Clinton en la Libia post-Gaddafi, candidata a la ominosa condición de *Estado fallido*, sufrió un golpe muy rudo el 11 de septiembre de 2012, seis días después de la nominación del primero por la Convención Nacional Demócrata como candidato a la reelección en noviembre, con el asalto por pistoleros y el ataque con granadas contra instalaciones del Consulado de Estados Unidos en Bengasi, donde resultaron muertos el embajador Christopher Stevens, dos contratistas de la CIA y un oficial del Servicio Exterior. Los atentados, atribuidos al grupo salafista Ansar al-Sharia, que por entonces no estaba considerado organización terrorista por el Departamento de Estado (esta designación solo iba a producirse en enero de 2014), fueron el episodio más dramático de una llamarada de violencia antiestadounidense que se extendió a Egipto, Yemen, Túnez y otros países musulmanes, y cuyo mechero fue la divulgación en Internet de un tráiler de *Innocence of Muslims*, una película producida en Estados Unidos y de oscura autoría que denigraba gratuitamente al Profeta Mahoma.

Aunque Clinton se apresuró a asegurar que su Gobierno nada tenía que ver con la provocadora película, considerada sacrílega por el público al que estaba dirigida, el mal ya estaba hecho. El Departamento de Estado se acercó inicialmente a la explicación de que lo sucedido debía verse como un acto de violencia incontrolado por parte de una turba de exaltados religiosos y se resistió a admitir abiertamente la hipótesis de la acción terrorista planificada. En casa, la secretaria fue interpelada en tropel, conminándosele a que aclarara de qué medidas de protección disponía la legación diplomática de Bengasi y de paso a que arrojara luz sobre las deliberaciones que habían llevado a la Casa Blanca a ordenar los bombardeos contra Gaddafi, pues sectores del republicanismo y del propio Partido Demócrata creían que esa polémica intervención militar, de hecho mirada con sumo escepticismo por el ex secretario de Defensa Gates y por el consejero de seguridad nacional Donilon, había excedido el mandato de la Resolución sobre Poderes de Guerra y debió haber contado con el consentimiento del Congreso.

En octubre, Clinton dijo asumir toda la responsabilidad en la cuestión de las posibles fallas de seguridad en torno al Consulado. Luego, el 23 de enero de 2013, a punto de abandonar la Secretaría de Estado, dio su testimonio al Comité de Relaciones Exteriores del Senado y al Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, ante los que defendió su proceder en respuesta al incidente y se desvinculó de la definición concreta del dispositivo de protección del personal enviado a Bengasi, que visto lo sucedido se había quedado muy corto. La crisis de las embajadas de septiembre de 2012 puso en una situación delicada a Clinton en el aspecto personal, pero además desautorizó amargamente el vislumbre el año anterior del ocaso del antiamericanismo en Oriente Medio y bañó de agua fría la prédica obamiana, hecha suya por la secretaria de Estado, de tolerancia religiosa y respeto cultural.

6. Trump vs Clinton 2016: duelo por la Casa Blanca de una crudeza sin precedentes

6.1. Dos años de preparativos sin cometidos oficiales

A lo largo de su ejercicio ministerial, Clinton negó en múltiples ocasiones que fuera a aspirar por segunda vez a la Casa Blanca. Desde finales de 2010 aseguró también que descartaba continuar en el Gobierno, ni como

secretaria de Estado ni como titular de puesto alguno, a partir de 2013, si es que Obama ganaba la reelección en 2012. En marzo de 2011, en una entrevista para la cadena CNN, respondió con un enfático "no" a la pregunta de si se presentaría a las elecciones presidenciales de 2016. En enero de 2012 insistió en que tenía previsto "abandonar las altas esferas" de la política y que la Secretaría de Estado era su "último cargo público". A continuación, ayudó a Obama en su campaña electoral y en septiembre fue una aplaudidísima oradora en la Convención Nacional Demócrata de Charlotte que proclamó la postulación reeleccionista de su jefe institucional. La confirmación de Biden zanjó los rumores sobre que Obama podría reclutarla como candidata al cargo de vicepresidente para formar un tándem potente y hacer más probable la victoria, de todas maneras lograda, sobre el republicano **Mitt Romney** en las votaciones de noviembre.

Llegado diciembre, con Obama recién revalidado por las urnas, Clinton, entrevistada por la cadena ABC, descartó una vez más la posibilidad de presentarse a la Casa Blanca en 2016, pero sin emplear palabras categóricas y sí deslizándose en cambio una cuña de ambigüedad: "Ya he dicho que realmente no creo que sea algo que vaya a hacer de nuevo. Ya he tenido la experiencia de hacerlo antes y estoy muy agradecida por ello", manifestó, pero añadiendo que "todas las puertas están abiertas" y que, en el caso de que finalmente se decidiera a dar ese paso, su edad, en estos momentos 65 años y 69 en enero de 2017, que es cuando tomaría posesión el sucesor de Obama, no supondría un obstáculo: "Yo, gracias a Dios, y toco madera, no solamente estoy sana, sino que gozo de una energía y de una resistencia increíbles", aseguró a la periodista Barbara Walters la secretaria de Estado saliente.

Tan solo dos días después de emitirse estas declaraciones por la televisión, el 15 de diciembre, Clinton tuvo un desmayo con contusión en la cabeza del que se recobró a las pocas horas en su mismo domicilio de Nueva York. El penúltimo día del año la política sufrió un percance más aparatoso, una trombosis leve del seno venoso cerebral, debiendo ser internada en un hospital de Manhattan por unos días. Los facultativos achacaron el problema circulatorio al desvanecimiento y la conmoción cerebral del día 15, consecuencias a su vez de una afección vírica intestinal con deshidratación contraída en una reciente salida a Europa.

La paciente recibió el alta médica tras removérsele el trombo cerebral con medicación anticoagulante el 3 de enero de 2013. Clinton estuvo completamente restablecida para acudir a declarar ante los comités del Congreso en relación con los atentados de Bengasi el 23 de enero, en una comparecencia aplazada a causa del accidente de salud. Escasos días después, la aún secretaria de Estado y el miembro del Gobierno mejor valorado por los ciudadanos, con hasta un 70% de aprobación en las encuestas (su especial tirón entre las mujeres no admitía dudas), se salió llamativamente por la tangente al ser preguntada por enésima vez sobre si contemplaba la precandidatura demócrata en 2015.

El 1 de febrero de 2013 Clinton cedió su despacho de secretaria de Estado en Washington a John Kerry, transmitiendo el mensaje de que necesitaba tomarse un largo respiro tras cuatro años frenéticos y sin poder trazar un balance fausto de estos cuatro años de gestión, deslucidos además en su recta final por el desastre de Bengasi y por sus problemas vasculares. Clinton dejaba el Edificio Harry S Truman de la capital federal sin ningún hito tangible de política exterior.

Durante un bienio, Clinton redujo su exposición pública. La ex ministra, de nuevo una ciudadana privada tras 30 años desempeñando funciones oficiales, se puso a escribir la segunda parte de sus memorias, luego de la publicación en 2003 de su muy leída autobiografía *Living History*, y retomó las actividades en favor de la infancia y la educación de las niñas en el seno de la Fundación de su esposo, que pasó a llamarse la Bill, Hillary & Chelsea Clinton Foundation con la incorporación al Consejo Directivo también de la hija única del matrimonio.

A sus 33 años, Chelsea Clinton llevaba tres casada con el inversor bancario Marc Mezvinsky y en el terreno profesional trabajaba de corresponsal para la NBC News, a la vez que preparaba su doctorado en Relaciones Internacionales por la Universidad de Oxford. La pareja Mezvinsky-Clinton iba a hacer abuelos a

los padres de ella en 2014 con una niña, Charlotte, y en 2016 con un niño, Aidan. En marzo de 2013 Hillary volvió a los titulares al expresar por primera vez su apoyo al matrimonio entre personas del mismo sexo como un derecho nacional regulado por el Gobierno federal, no solo por los gobiernos de los estados. El anuncio fue aplaudido por la comunidad LGBT y resultó oportuno, pues al poco, en junio, el Tribunal Supremo, en una histórica sentencia, declaró inconstitucional la ley firmada por Bill Clinton en 1996 que definía el matrimonio como la unión entre un hombre y una mujer. Luego, en septiembre, la anterior secretaria de Estado reclamó que la comunidad internacional diera una enérgica respuesta al Gobierno sirio por lanzar armas químicas contra los rebeldes.

Al comenzar 2014 empezaron a cobrar ímpetu los sondeos de valoración de líderes que situaban a Clinton como la incontestable favorita de cara a las primarias demócratas de dentro de dos años; casi tres cuartas partes de los encuestados la preferían frente a figuras como el vicepresidente Biden o la senadora por Massachusetts Elizabeth Warren, exponente del ala izquierda del partido, muy crítica con el *establishment* demócrata, que el matrimonio Clinton encarnaba a la perfección, y los poderes de Wall Street. En mayo de ese año, Obama salió al paso del fuerte posicionamiento de su anterior colaboradora en los muestreos del campo demócrata asegurando que Hillary sería "muy eficaz" en el puesto de presidenta.

A continuación, en junio, Clinton realizó una gira nacional para presentar su segundo tomo de memorias, *Hard Choices*, libro de 700 páginas, en realidad redactado por un equipo de colaboradores a partir de sus indicaciones y sus notas, donde pasaba revista al cuatrienio en la Secretaría de Estado y con el que esperaba obtener pingües ganancias económicas, a sumar a los honorarios percibidos por dar discursos a selectos aforos financieros y empresariales, que en el último año y medio le habían reportado más de tres millones de dólares. Una cantidad que iba a multiplicarse varias veces hasta la primavera de 2015.

El afán de Clinton por embolsarse ingentes sumas de dinero y su gira promocional de *Hard Choices* con ciertos aires de campaña de captación de prosélitos terminó de convencer a los últimos escépticos de que la ex primera dama ya tenía decidido presentarse a las primarias de su partido y que tan solo esperaba a que pasaran las elecciones legislativas de noviembre para hacer el oportuno anuncio. Sin adversarios potenciales de peso a la vista -a diferencia de lo que sucedía en el campo republicano, donde empezó a tomar forma un nutrido pelotón de precandidatos con calibre presidencial-, el terreno se le presentaba completamente abonado para sus ambiciones. Las insinuaciones, los gestos ya inequívocos y el suspense de cara a la galería iban a prolongarse durante 10 meses más.

6.2. Anuncio de la segunda tentativa presidencial, el embrollo de los e-mails y competición interna con Bernie Sanders

Clinton demoró más de lo esperado el anuncio que todo el mundo daba por sentado y esa dilación le costó toparse sin tener la precampaña activada con una controversia que puso en tela de juicio su probidad como servidora pública, con la consiguiente erosión de sus posibilidades electorales.

En marzo de 2015 el inspector general del Departamento de Estado, Steve Linick, reveló que la anterior titular del ministerio había usado cuentas de correo electrónico particulares mantenidas por un servidor privado contratado por ella, luego externas al sistema de comunicaciones del Gobierno y sus estrictos protocolos de seguridad diseñados contra *hackers* y ciberespías, para enviar y recibir mensajes de carácter oficial relacionados con sus actividades estatales. El descubrimiento se produjo en el marco de las indagaciones realizadas por el Comité de Selección de la Cámara de Representantes, puesto en marcha en mayo de 2014 a instancias de la mayoría republicana del Congreso, para analizar las circunstancias del ataque de Bengasi, comité ante el cual Clinton, por cierto, iba a tener que testificar el 22 de octubre de 2015. De inmediato, gran número de expertos, comentaristas de prensa, miembros del Congreso y oponentes políticos apuntaron que Clinton, al actuar de esa manera, había violado los procedimientos del Departamento de Estado y las normativas federales sobre el registro de datos del Gobierno, y acaso puesto en peligro la

seguridad nacional.

Clinton hizo como que este asunto no llevaba hierro para sus renovadas ambiciones políticas y el 12 de abril de 2015, a través de un sencillo video de dos minutos de duración con guiños para las madres con hijos pequeños, los jubilados, las minorías raciales, los homosexuales, los pequeños emprendedores y las clases medias y trabajadoras, anunció que, en efecto, pugnaría por la Presidencia de Estados Unidos en 2016. "Estoy preparada para hacer un montón de cosas (...) Me presento a presidente. Los americanos han luchado por remontar los tiempos económicos duros, pero la baraja todavía es favorable a los que están en la cumbre. Cada día, los americanos necesitan un campeón, y yo quiero ser ese campeón (...) Así que salgo a la carretera para conseguir tu voto, porque es tu ocasión. Y espero que te unas a mí en este viaje", afirmaba la protagonista de la precampaña que llevaba por nombre *Hillary for America*, a diferencia del más triunfalista *Hillary for President* de 2008.

Clinton, que se dio automáticamente de baja en la junta de la Bill, Hillary & Chelsea Clinton Foundation, fue el primer precandidato demócrata que lanzó su aspiración. Sobre su carrera gravitaban los ecos políticos del ataque de Bengasi, que seguían sin desvanecerse, y la cuestión, más perturbadora, de los correos electrónicos inadecuados, asunto que no había hecho más que comenzar y que amenazaba con mantenerse corrosivamente en el candelero hasta el mismo día de la elección presidencial, a pesar de que continuaba sin probarse la comisión por la entonces secretaria de Estado de algún tipo de ilegalidad. En julio, en un comunicado conjunto, los inspectores generales del Departamento de Estado y de la Comunidad de Inteligencia informaron que, tras estudiarse una muestra limitada de 40 *e-mails* de los 30.000 facilitados por Clinton, se habían hallado cuatro, la décima parte, que contenían información clasificada y que nunca debieron haberse transmitido mediante un "sistema personal no clasificado", es decir, bajo cualquier dominio que no fuera el de @state.gov.

Esta evaluación contradecía abiertamente la versión de Clinton, quien desde el principio venía afirmando que jamás había enviado a través de su servidor particular información de carácter confidencial o sensible para la seguridad del Estado, al menos que llevara la marca de clasificada en aquel momento (otra cosa, puntualizaba, era que ciertos mensajes recibieran del Departamento de Estado dicha condición a posteriori), si bien recurrir a la cuenta privada *hdr22@clintonemail.com* para el trabajo en el Gobierno, reconoció la política en septiembre de 2015, había sido en todo caso "un error" del que se sentía responsable. Pero además, llamaba la atención que cuando a finales de 2014 el Departamento de Estado había requerido a los ex secretarios que entregasen sus correos relacionados con el trabajo, un material considerado de propiedad pública y con valor histórico, ella solo hubiese facilitado 30.490 de los 62.320 almacenados bajo el dominio @clintonemail.com; los correos restantes los había borrado, supuestamente porque eran de carácter privado y no guardaban relación con sus funciones estatales. En definitiva, la sombra de la sospecha de los tejemanejes furtivos y las maniobras opacas, una constante intermitente desde sus días como primera dama de Arkansas, volvía a acosar a Clinton.

Los que sostenían, fundamentalmente en el Partido Republicano, que la honestidad de Clinton estaba en cuestión y que lo de los correos electrónicos era un escándalo muy grave que revelaba un comportamiento de negligencia supina se agarraban también a las informaciones sobre la posible afluencia de donaciones interesadas a su fundación filantrópica, por más que ella ya no figurara en su directiva y que la misma hubiera restringido fuertemente este tipo de contribuciones económicas a sus actividades. Pero el otro lado de la balanza pesaban a favor de Clinton su inmensa fama, su bagaje internacional, su porte institucional y peso en el *establishment*, y, no menos importante, el contar desde ya mismo con el apoyo implícito de Obama, quien apenas unas horas antes de emitir ella el video de lanzamiento de la precandidatura, desde Panamá, afirmó que Hillary había sido "una formidable candidata en 2008" y "una destacadísima secretaria de Estado", además de "mi amiga", por lo que cabía suponer que "sería una excelente presidenta".

A rebufo de Clinton, se apuntó a la competición de los demócratas el senador por Vermont Bernie Sanders,

un político que no tenía ambages en definirse como "socialista democrático" y prolaborista, lo que invitaba a situársele en la "izquierda radical" o la "extrema izquierda" del partido. También presentaron sus precandidaturas tres antiguos senadores, Martin O'Malley por Maryland, Lincoln Chafee por Rhode Island y Jim Webb por Virginia, así como el catedrático de Harvard Lawrence Lessig, todos los cuales, a diferencia del más sólido Sanders, no tenían ninguna posibilidad de imponerse en las primarias. El vicepresidente Biden, después de años de especulaciones al respecto, se abstuvo de sumarse a la contienda a pesar de tratarse de un miembro del Ejecutivo bastante bien considerado por el público en general. Ciertamente, habría resultado chocante ver a Biden, el número dos del Ejecutivo, bregando con quien gozaba de la predilección del número uno. En cuanto a la senadora por Massachusetts, Warren, que disponía de una potente base local de apoyos, declinó expresamente arrojarle el guante a Clinton.

Chafee, Webb y Lessig cancelaron sus precandidaturas entre octubre y noviembre de 2015, y no llegaron a disputar el 1 de febrero de 2016 los caucus de Iowa, tradicional punto de arranque del proceso de primarias y ganados por Clinton a Sanders por los pelos, mientras que O'Malley optó por respaldar a Clinton aquel mismo día. El trecho hasta la Convención Nacional Demócrata de julio fue por tanto una prueba de solo dos corredores. Clinton figuró en todo momento como la clara favorita para la nominación, pero el de Vermont, aupado por un dinámico movimiento popular de base y muchos activistas entusiastas en las redes sociales, se propuso darle batalla a fondo.

Para contrarrestar a su adversario de la izquierda demócrata, Clinton hizo hincapié en la crítica al aumento de las desigualdades sociales y de las brechas entre las clases laborales con diferente poder adquisitivo a pesar de la recuperación nacional desde el *crash* de 2008 y la *Gran Recesión* de 2009. Explotó a fondo los puntos fuertes de su repertorio de siempre, aquellos que la hacían distintiva, como todo lo relacionado con las políticas de género, los derechos de las mujeres y la educación de los niños. Se decía partidaria de endurecer el control de las armas de fuego, así como de la reforma financiera de Wall Street y la extensión cuasi universal del seguro médico (*Obamacare*) adoptadas por la actual Administración, pero incorporando mejoras a las mismas.

En cuanto a las cuestiones de política exterior, su otro capítulo estrella, advirtió que no dudaría en "tomar acciones militares" contra Irán si su Gobierno, burlando el acuerdo global suscrito en julio de 2015 con el P5+1 en Viena, intentaba después de todo "hacerse con una bomba nuclear", apostillando que cuando se trataba del régimen de los ayatolás, lo mejor era "no confiar y además verificar". Ahora bien, la precandidata marcó nítidamente las distancias de Obama sobre la negociación del tratado comercial con los países ribereños del Pacífico, el TPP, del que ella disentía totalmente por tratarse de un acuerdo "injusto" que desprotegía a la industria manufacturera nacional, y también, cortejando aquí al electorado hispano, en relación con la política de deportaciones de inmigrantes indocumentados, que a su parecer se estaba aplicando de una manera "muy agresiva", mientras que ella apostaba por las regularizaciones y por facilitar los trámites para obtener la nacionalidad, en el marco de una reforma migratoria en toda regla.

Asimismo, reclamó una "nueva fase" en la campaña militar contra el Estado Islámico en Siria e Irak, una escalada bélica dosificada que incluyera más bombardeos aéreos y una coalición antiyihadista de fuerzas terrestres locales más efectiva. En el terreno medioambiental, quiso situarse a la izquierda de Obama al dejar clara su oposición a la construcción del polémico oleoducto Keystone XL entre Canadá y Nebraska, y a las prospecciones petroleras en el Refugio Ártico de Alaska, para las que la compañía Shell ya contaba con la luz verde del Gobierno federal. Por supuesto, asumía plenamente el consenso científico sobre el origen antropogénico del cambio climático y el calentamiento global. También pudo verse a una Hillary más cálida y extrovertida que nunca, amiga del contacto con la gente y las salidas divertidas. Su expresividad y sus gesticulaciones exageradas iban a ser de hecho bastantes más de las que cabría esperar de un político en estas circunstancias. Algunas personas -con malévolas intenciones en el caso de sus enemigos republicanos- se llegaron a preguntar si no habría algún tipo de disfunción neurológica, al hilo de los pasados percances físicos, detrás de cierta gestualidad extraña.

Tras estrenar su marcador con la victoria, apurada, en los caucus de Iowa, Clinton tropezó estrepitosamente frente a Sanders en las también emblemáticas primarias de New Hampshire. Se trató de una alarma pasajera. Febrero de 2016 terminó con victorias de ella en Nevada y Carolina del Sur, y a partir de aquí, hasta junio, Clinton fue engordando su cuenta en las sucesivas primarias y caucus territoriales, metiéndose en el bolsillo los delegados de los estados más populosos del país: California, Texas, Florida, Nueva York, Illinois, Pensilvania y Ohio. El 7 de junio Clinton alcanzó oficiosamente el número de delegados y superdelegados (delegados nombrados por el partido al margen del proceso de primarias y cuyo voto, teóricamente, no se conocía de antemano y solo se revelaba en la Convención Nacional), 2.383, justamente más del 50%, que aseguraba su nominación. Dos días después, Obama, Biden y Elizabeth Warren daban su apoyo oficial a la *presumptive nominee*.

El presidente salió a asegurar que "no creo que haya habido nunca nadie tan cualificado para ejercer este cargo". Ya solo restaba que el batallador Sanders, que había ganado en 23 estados, reconociera su derrota en el cómputo global y tirara la toalla, cosa que en la práctica hizo el 24 de junio. A regañadientes y sin dejar de enarbolar la bandera de la "revolución", el senador por Vermont reconoció aquel día que "probablemente" votaría a Clinton para evitar el "desastre" de una victoria de Trump. Hasta el 12 de julio Sanders no emitió su respaldo oficial a la virtual candidata, gesto que dio carpetazo definitivo a la precampaña de los demócratas.

El 5 de julio el FBI, previo interrogatorio "voluntario" de la interesada, publicó los resultados de su investigación del asunto de los *e-mails*. Las conclusiones eran que, contrariamente a lo asegurado por Clinton, un "muy pequeño número" de mensajes electrónicos sí contenían información marcada como clasificada, incluso como secreta y de alto secreto, en el momento de su envío o recepción bajo el dominio privado. En el documento, el director de la agencia policial federal, James Comey, llegaba a valorar como "descuidado en extremo" el manejo por Clinton de "información muy sensible y altamente clasificada", si bien decidía recomendar que no se abrieran cargos criminales contra la política. Esta recomendación fue aceptada por la fiscal general Loretta Lynch.

El 26 de julio de 2016, inasequible a la desazón que el embarazoso dictamen del FBI pudiera arrojar a su aspiración, una radiante Clinton fue nominada candidata presidencial por la Convención Nacional Demócrata celebrada en Filadelfia tras recibir el voto de 2.842 de los 4.763 delegados y superdelegados. Su compañero de lista para el puesto de vicepresidente era Tim Kaine, senador por Virginia desde 2013, ex gobernador del estado y ex presidente del Comité Nacional Demócrata. De la Convención fue marginada la presidenta del Comité Nacional Demócrata, Debbie Wasserman Schultz, quien tan solo unas horas antes había presentado la dimisión a causa del episodio del pirateo informático y la divulgación vía Wikileaks de cerca de 20.000 correos electrónicos internos de dirigentes del partido, fechados entre enero de 2015 y mayo de 2016, en los que se transmitían consignas de apoyo a Hillary y se discutían fórmulas para perjudicar a Sanders. Se trataba de otro escándalo capaz de restarle votos a Clinton.

6.3. Tras la nominación en Filadelfia: rémoras personales y una némesis llamada Donald Trump

En su discurso de aceptación del 28 de julio, que puso cierre a la Convención de Filadelfia, Clinton comenzó dedicando palabras de elogio y agradecimiento a su hija Chelsea, a su esposo Bill, a Barack Obama, a Michelle Obama, a Biden, a Kaine y a Sanders. Alabó la "plataforma progresista" de los demócratas como el instrumento capaz de llevar "el cambio real" a América, y se refirió en ominosos términos al contendiente republicano que acababa de coronarse en la Convención de su partido, al cabo de una precampaña tan furiosa como traumática para el *GOP*, y que ya llevaba un tiempo atacándola con una agresividad verbal insólita en la democracia estadounidense.

Se trataba del magnate metido a político **Donald Trump**, fenómeno del populismo y la demagogia más descarnados que prometía "hacer grande a América de nuevo" a golpe de "ley y orden", proteccionismo

comercial y exhibición de músculo militar, que abominaba del legado de la Administración Obama y que arremetía obsesivamente contra ella, referida en sus discursos y en Twitter como "*Crooked Hillary*", es decir, literalmente, *Hillary la torcida*, y en un sentido figurado la *corrupta*, la *deshonesta* o la *tramposa*. Muy lejos quedaba la época en que el matrimonio Clinton se codeaba entre risas con el creso empresario, cuya tercera boda, la de Melania Knauss en 2005, la pareja había presenciado como invitados *vip* en Palm Beach. Para Clinton, Trump, con sus maneras y sus palabras rebosantes de "miedo", "muros" y "prohibiciones", solo quería "dividirnos, del resto del mundo y entre nosotros". Ellos, los demócratas, en cambio, difundían el mensaje del "más fuertes juntos", para hacer frente a las "muchas amenazas en casa y afuera", "construir una economía donde cualquiera que busque un trabajo bien pagado pueda conseguirlo", y "construir una vía para la nacionalización de millones de inmigrantes que ya están contribuyendo a nuestra economía".

No podían faltar las expresiones de "orgullo" por todo lo que el actual Gobierno de Estados Unidos había hecho y seguía haciendo por apartar a Irán del arma nuclear, preservar la seguridad de Israel, dar forma al acuerdo climático global, perseguir la derrota del Estado Islámico y colocarse al lado de los aliados europeos de la OTAN "para encarar cualquier amenaza, incluida la de Rusia". Estados Unidos tenía que lidiar por doquier con "enemigos determinados que deben ser derrotados", y esa empresa requería de un "liderazgo consistente", uno que considerase que "la fuerza descansa en la inteligencia, el buen juicio, la fría resolución, y la aplicación precisa y estratégica del poder". Ese era "el tipo de comandante en jefe" que ella aspiraba a ser, mientras que Trump no hacía otra cosa que perder los estribos "a la menor provocación". "Imagínadlo en el Despacho Oval ante una crisis real. Un hombre al que se puede picar con un *tweet* no es un hombre en el que se pueda confiar con armas nucleares", dijo Clinton de Trump.

Las convenciones nacionales de republicanos y demócratas dispararon el pistoletazo de salida de una de las contiendas presidenciales más crispadas y polarizadas que recordaban los estadounidenses, si no la que más. La mera concurrencia de Trump, el polémico hombre de negocios y *outsider* decidido a hacer añicos convencionalismos arraigados y las más elementales reglas de la corrección política, ya constituía en sí toda una anomalía. El republicano, o para ser más exactos el independiente vestido de republicano, venía pegando muy fuerte en los sondeos. En julio, justo después de la Convención Nacional Republicana de Cleveland, algunos muestreos situaron a Trump levemente en cabeza por primera vez. Tras la Convención de Filadelfia, Clinton recobró la condición de favorita con hasta más de 10 puntos de ventaja. Pero el lastre de los dossiers de los *e-mails* y un nuevo percance salud iban a pasarle factura en la semanas siguientes.

Por de pronto, en la campaña se coló el presidente ruso, Putin, al que Trump, todo lo contrario que Clinton, venía mencionado con palabras de simpatía y elogio. Varios medios de comunicación controlados por el Kremlin ya estaban intentando influir en las elecciones estadounidenses difundiendo una imagen favorable del republicano. Ahora, Trump, con su desparpajo habitual, invitó abiertamente a los *hackers* rusos a que buscasen y divulgasen los más de 30.000 correos electrónicos de la cuenta privada de Clinton que se encontraban "desaparecidos", es decir, todos los que la ex secretaria de Estado no había entregado a las autoridades.

La insólita propuesta del multimillonario fue inmediatamente recriminada por el equipo de campaña de Clinton, que halló otra prueba para sostener su mantra de que Trump era incapaz de comportarse con responsabilidad y que de ninguna manera podía asumir las responsabilidades inherentes al jefe de Estado de la primera potencia mundial, más desde que con su enfoque "América primero" cuestionaba el mantenimiento de pilares básicos de la política exterior y de seguridad de Estados Unidos, empezando por los compromisos con los aliados de la OTAN. Además, al mencionar a los rusos de esta manera, Trump parecía dar crédito a, más que las sospechas, la convicción por los demócratas de que la reciente filtración de correos internos del partido en los que se instruía para erosionar a Sanders había obedecido a un ataque informático orquestado desde Rusia, país objeto de sanciones por Estados Unidos y Europa a causa de su ocupación y anexión de la región ucraniana de Crimea en 2014.

En su primera entrevista, el 31 de julio para el programa de televisión *Fox News Sunday*, después de lograr la nominación, Clinton, a la vez que defendía su proceder en la crisis de Bengasi de 2012, el asunto de los *e-mails* y el funcionamiento de la fundación de su marido, aseguró que "servicios de inteligencia rusos bajo el firme control de Vladímir Putin" habían ciertamente *hackeado* los servidores del Comité Nacional Demócrata y mostró su inquietud por "las interferencias rusas en nuestras elecciones, en nuestra democracia". También le parecía "sumamente notable" que Trump viniera mostrando una "disposición muy preocupante" a apoyar a Putin, ya sea diciendo que la OTAN no debería acudir al rescate de sus aliados si son invadidos, ya sea hablando de levantarles las sanciones a los oficiales rusos por su agresividad en Crimea y Ucrania".

A lo largo de agosto, Trump recrudenció sus diatribas contra su archirrival, llamándola "el Diablo", afirmando que "la gente de la Segunda Enmienda" -es decir, los amantes de las armas de fuego- "tal vez" pudiera "hacer algo" para pararla y poniéndola de "cofundadora del Estado Islámico" junto con Obama. Hasta arrojó un manto de dudas sobre la limpieza de unas elecciones que podrían ser "amañadas". Estas furiosas diatribas acaso pesaron en el ánimo del electorado, pues a finales de agosto el despegue de Clinton en los sondeos quedó frenado en seco. En la primera semana de septiembre el escenario pintado por las encuestas era de un virtual empate, incluso con una ligera ventaja para Trump.

Los interrogantes sobre el estado de salud de la demócrata volvieron por sus fueros el 11 de septiembre. Ese día, tras contraatacar verbalmente contra Trump, quien sentía una "bizarra atracción por los dictadores, incluido Putin", y con una "retórica racista y fanática" hacía las delicias de sus "deplorables" seguidores (un comentario este último que hizo frotarse las manos al aludido, que habló de "insulto a millones de personas increíbles que trabajan duro", y del que la candidata tuvo que disculparse), Clinton sufrió un desmayo en el homenaje en Nueva York a las víctimas del 11-S con motivo del decimoquinto aniversario de los atentados, teniendo que abandonar precipitadamente la ceremonia. El portavoz de la campaña de la candidata se apresuró a hablar de un "golpe de calor", pero su doctora de cabecera reveló ese mismo día que Clinton se había deshidratado y que dos días antes le habían diagnosticado una neumonía.

Nuevamente se habló de secretismo mal llevado, un problema de falta de transparencia que ella, al día siguiente de la indisposición, intentó justificar con el argumento de que no pensaba que su neumonía revistiera gravedad. Había desoído la recomendación médica de que se tomara cinco días de reposo y como resultado ahora se encontraba con su agenda desbaratada. El desvanecimiento de Nueva York no podía sino alimentar la línea de ataque de Trump. El 14 de septiembre Clinton reapareció en público y reanudó su campaña haciendo presentación de un dictamen médico que certificaba que la candidata, una vez que estaba "recuperándose bien" de un episodio de "neumonía bacteriana leve no contagiosa", se encontraba "sana y apta", así como en una "excelente condición mental", para servir como presidenta de Estados Unidos.

A estas alturas de su aventura presidencial, Clinton había ingresado, en la precampaña y en lo transcurrido de la campaña, 445 millones de dólares, de los que tres cuartas partes correspondían a donaciones individuales. De esa cantidad, 386 millones se los había gastado, 60 los tenía en mano y menos de un millón de dólares correspondían a deudas. Estas cifras superaban con mucho a las de la campaña del republicano.

7. Obra escrita y reconocimientos

Hillary Rodham Clinton ha publicado los siguientes libros: *It Takes a Village: And Other Lessons Children Teach Us*, ensayo de 1996 donde presenta su visión de la infancia en Estados Unidos; *The Unique Voice of Hillary Rodham Clinton: A Portrait in Her Own Words* (1997), una selección bastante heterogénea de entrevistas, discursos y declaraciones sobre una amplia variedad de temas; *Dear Socks, Dear Buddy: Kids' Letters to the First Pets* (1998), libro sobre las mascotas de la Casa Blanca orientado al público infantil; *An Invitation to the White House: At Home with History* (2000), volumen de gran formato y con un gran despliegue gráfico en el que relata los cambios de mobiliario y decoración acometidos en la Casa Blanca en

su etapa como primera dama; *20th Century American Sculpture in the White House Garden* (2000), que escribió en coautoría con otras tres personas y que se sitúa en la línea apolítica del anterior; *Living History*, su esperada autobiografía, lanzada en 2003, todo un éxito de ventas por el que la editorial Simon & Schuster le avanzó ocho millones de dólares en 2001; *Hard Choices*, tomo de memorias publicado en 2014 que, a modo de continuación de *Living History*, cubre su experiencia en la Secretaría de Estado entre 2009 y 2013; y, en clave totalmente proselitista, *Stronger Together*, donde, junto con su compañero de fórmula Tim Kaine, el candidato a vicepresidente, expone su visión de Estados Unidos y sus propuestas de cara a la elección presidencial de 2016.

En el capítulo de distinciones y reconocimientos, Clinton ha recibido doctorados honoríficos de las universidades de Arkansas, Pensilvania (1993), Mount Saint Vincent (1995), Ulster (2004), Gotemburgo (2007), Nueva York (2009), Yale (2009) y St Andrews (2013).

Posee además, entre otros, los siguientes galardones: el Living Legacy Award del Women's International Center (1994); el President's Vision & Voice Award de la American Medical Women's Association (2005); el Energy Leadership Award del Energy Efficiency Forum de la United States Energy Association (2006); el Margaret Sanger Award de la Planned Parenthood Federation of America (2009); la Freedom Medal del Roosevelt Institute (2009); el George McGovern Leadership Award del Programa Alimentario Mundial (2010); el Walther-Rathenau-Preis del Instituto berlinés homónimo (2011); el George C. Marshall Foundation Award (2011); el Woodrow Wilson Award for Public Service del Woodrow Wilson International Center for Scholars del Instituto Smithsonian (2012); el Champions for Change Award del International Center for Research on Women (2012); la Medal for Distinguished Public Service del Departamento de Defensa Estados Unidos (2013); el Warren Christopher Public Service Award del Pacific Council on International Policy (2013); el Chatham House Prize (2013); la Liberty Medal del National Constitution Center (2013); el Ripple of Hope Award del Robert F. Kennedy Center for Justice and Human Rights (2014); el Barbara Jordan Public-Private Leadership Award (2015); y el Mario M. Cuomo Visionary Award (2015).

Por otra parte, desde 2014 se conceden anualmente los Hillary Rodham Clinton Awards for Advancing Women in Peace and Security, premio instituido por el Georgetown Institute for Women, Peace and Security (GIWPS), del que Clinton es presidenta fundadora honoraria.

(Cobertura informativa hasta 15/9/2016)